

ENSAYO DIDÁCTICO

28009

DOCE DIÁLOGOS Y COMEDIAS
PATRIÓTICO-INFANTILES

ENSAYO DIDÁCTICO

POR

E. PAJARES BRAÑA



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES
MARTIN GARCIA, LIBRERO-EDITOR

Librería Hispano-Americana

RIVADAVIA, 581

Sucursal: LA PLATA, Calle 7 y 56

90585

DOS PALABRAS

AL LECTOR

Al iniciar este breve ensayo didáctico-infantil, hémonos propuesto como único fin, aportar al gran desenvolvimiento pedagógico argentino, nuestro modesto concurso espiritual, en atención al sentimiento de cariño que nos liga á este país, y á la espontánea y profunda simpatía que nos merecen y sentimos ante esas almas puras y sencillas, sobre cuya evolución y nobles ambiciones, descansa, sin duda, el sostén de esta marcha grandiosa de la humanidad, y el sólido porvenir de los pueblos.

La variedad infinita de hábitos morales que conviven, necesariamente, dentro de un país eminentemente cosmopolita, constituyen un serio inconveniente para el feliz desarrollo y fundamento de los principios de nacionalización y patriotismo, principalmente, si, el alma de ese pueblo, lucha, en plena juventud, por establecer, en definitiva, la estabilidad de su carácter; y llégase al extremo de que, esas diferencias, absorbiendo y desvirtuando el espíritu de los métodos más precisos y humanos, no pueden, muchas veces, ser sometidas á una especial legislación; porque se haría menester

destruir ó eliminar derechos legendarios y perfectos, cuya estructura se afirma también en el propio concepto de los más altos deberes.

Ante un problema, pues, de tanta trascendencia, pensamos que el mejor camino era la penetración audaz y persuasiva en la conciencia del niño, por el niño mismo: despertando en su alma los más bellos estímulos, y alegrándola con claros conceptos, acerca de la superioridad y de la hermosura del saber y del talento.

Por otra parte, cuanto al dominio y hechura del corazón se refiere, hemos creído oportuno y eficaz no encerrarlo en troqueies precisos y sistemáticos, convencidos, en absoluto, de la influencia fecunda é imperante que sobre la selección y finura de los sentimientos, ejerce, en todo tiempo, el espíritu bien dirigido. Una mente equilibrada y culta, no puede inspirar, normalmente, impulsos perversos; antes, por el contrario, tiende siempre á metodizar los desvaríos, á templar los empujes y vigorosidades, y á encender con más intensidad el sentimiento de las virtudes innatas y adquiridas.

La educación de lo que podría llamarse *sentimiento espiritual*, es, precisamente, la cuestión palpitante que agita en la actualidad el cerebro de los más grandes pensadores y pedagogos. El último congreso de educación celebrado en Londres, vino á demostrar, después de muchos esfuerzos y debates, que, el racionalismo puro, ó abstracto, no produce en la con-

ciencia del niño esos felices resultados que pretendían establecer los educacionistas franceses. Las estadísticas comprobaron los tristes fines á que conduce ese método de enseñanza, y hubo de convenirse en la inculcación de los conceptos y deberes universales, para lograr la existencia de los grandes sentimientos.

Mucho importa que, esta conclusión terminante, envuelva un mentís á la idealización del espíritu democrático del pueblo francés, tanto más, cuanto que, aquella democracia, parece constituir en la R. Argentina un símbolo, cuya imitación, tiende á radicarse aquí con caracteres francamente poco amables. Si Francia ha impuesto los regímenes de libertad en todas las esferas y órdenes de su vida, ha sido á cambio de una negación fundamental, la cual, hubo profunda necesidad de evitar en todos los tiempos para la conservación del equilibrio social y de los propios intereses humanos. Precisamos, con justicia, su espíritu de civilización, en bella consonancia y hermandad con el alma del siglo; aplaudimos, sin reservas, sus grandes alientos y voluntades; admiramos sus nobles ambiciones científicas; pero, ante la experiencia y la observación serena de los hechos, esa indiferencia, que quiere invadirlo y destruirlo todo, la consideramos una fuente malsana y llena de peligros, en la que, de ningún modo, conviene abreviar las generaciones de un pueblo joven que precisa para su vida y engrandecimiento, de le-

yes especiales, en armonía con sus grandes intereses económicos.

Fiemos, mejor, á la graciosa precocidad del niño argentino, la pronta asimilación de la psicología de nuestro tiempo ; pero, junto á esta valiosa y necesaria adquisición, pongamos un espíritu intransigente de moral cívica y un noble sentimiento de respeto hacia todos los ideales que, en suma, han hecho fuertes y felices á los pueblos de todas las épocas.

En este entendimiento, nuestro estilo, es, adrede, ligero, claro, sencillo y familiar, y, si bien es cierto que cae á veces en fútiles descuidos, éstos, de ningún modo escaparon á nuestra penetración, sino que, creyendo ser más útiles y eficaces, hemos hecho cierto abandono de la forma, con el sano empeño de hacer más fácil, llevadera y comprensiva la tarea infantil.

Ojalá nuestra modestísima obra obtenga frutos fecundos. La expresión y solicitud que nos inspira el alma siempre hermosa, de los niños, tuvo en nuestro corazón un rasgo sincero de amor, que hemos interpretado al unísono del cariño que guardamos para este país. En todo caso, no hemos hecho más que seguir el sabio y profundo concepto del gran Goethe :

«¡ Llenad, primeramente, el espíritu y el corazón, hasta rebasar, y la obra vendrá !...»

LA PATRIA ARGENTINA

DIÁLOGO

PARA NIÑOS VARONES DE 9 Á 12 AÑOS

EN PROSA

PERSONAJES: ANGEL—ENRIQUE

LA PATRIA ARGENTINA

DIÁLOGO INFANTIL ENTRE DOS NIÑOS VARONES

La escena, una pequeña habitación, con una ventana á la calle. En el fondo, ó sea en el testero de la habitación, un estante con libros, que también puede ser una biblioteca. Angel se pasea, leyendo con mucha atención.

A.—(*Lee en voz alta, frente á la ventana*).

(...Y los siglos venideros, se encargarán de justificar nuestra demostración, cuando, agotados los recursos económicos de los países antiguos, la humanidad vuelva desesperada sus ojos á los suelos vírgenes y fecundos, para encontrar en ellos, lo que, entonces, no podrían ofrecerles ya las tierras agostadas y estériles de sus padres.

La juventud é inmensidad de la República Argentina, será el más bello campo de esperanzas que tengan los hombres. En sus fértiles é inconmensurables pampas; en esas llanuras verdes, sin fin; en sus infinitas y seculares selvas, el espíritu de los hombres, que vendrán á redimirse de to-

dos los rincones de la tierra, encontrará allí la patria deseada; la región amorosa y rica, donde podrán vivir y cohabitar, libres y felices, como en otros tiempos, lo fueron aquellos hebreos de Moisés en la Mesopotamia, libres del látigo de los Faraones de Egipto. Solamente, la R. Argentina, podrá albergar con desahogo en su seno, ciento cincuenta millones de habitantes, y aun abastecer de carnes y harinas muchos mercados del mundo, y ¡ sepámoslo bien! ciento cincuenta millones de habitantes es casi la población total de la Europa meridional. La sólida estabilidad económica del mundo, estará, pues, allá; del otro lado del mar; porque, en verdad, que nuestros campos, cansados de producir tantos siglos, artificialmente, serán entonces como una anciana matrona que, gastadas sus energías, consumida su fecundidad, esperará el aliento vivificante que la sostenga, de aquellos países jóvenes y fuertes, adonde irán á trabajar sus hijos.) (*Hablando consigo mismo*). Y es verdad... Es tan grande, tan inmenso y tan rico nuestro país que, si hoy va á la cabeza de los países de Sud América en cultura y recursos, dentro de un siglo, será el asombro de las naciones. Sólo hacen falta hombres, muchos hombres, millones de emigrantes, que vengan de todos

los mares, por los cuatro costados, á poblar, y á despertar el rico sueño de nuestras llanuras, sin medida, y á fundar ciudades y pueblos.

E.—(*Desde fuera*). ¿Se puede entrar?

A.—(*Adelantándose*). Adelante.

E.—(*Entrando*). ¿Qué tal, mi amigo Angel?

A.—¡Hola! Bien, ¿y vos? (*Se dan la mano, y se saludan con afecto*).

E.—¿Qué estás haciendo?

A.—Ya lo ves; pasando el tiempo. (*Le muestra el libro y le invita á sentarse, ofreciéndole una silla*).

E.—Aprovechando el tiempo, dirás.

A.—Verdaderamente. Yo creo que es la mejor manera de aprovecharlo. ¿No te parece?

E.—¿Y qué lees? (*Levantándose para mirarlo*). ¿Qué libro es ése?

A.—(*Leyendo en la portada*). «Los principios económicos y su evolución en el porvenir.» Es un libro muy útil. Al menos, parece.

E.—Todos son útiles. Son nuestros mejores amigos.

A.—Sí, pero unos más que otros. Como los amigos, los hay buenos y malos.

E.—¿Y de qué trata?

A.—De lo que será en el porvenir nuestra patria.

E.—Quién es el autor? ¿Es argentino?

A.—No; debe ser inglés, ó alemán. (*Lee otra*

vez en la portada). «Mr. Smith Spleen, Arthur.»

E.—Es inglés, seguramente.

A.—¡ Si vieras qué cosas más hermosas dice de nuestro país!... Mira; lee aquí. (*Se lo entrega abierto, indicándole la página*).

E.—¿ A ver?... (*Mientras Enrique lee para sí, muy atentamente, Angel toma otro libro del estante, y le acompaña silenciosamente; y en esta breve pausa, adentro, suena un piano, y una voz que canta dulcemente esta vidalita:*

Es la patria nuestra,
vidalita,
una patria hermosa :
fuerte, rica, inmensa,
vidalita,
gigante y gloriosa !

—
Por el mundo entero,
vidalita,
su fama se extiende,
y es la madre amante,
vidalita,
de los que carecen).

E.—Podemos, ciertamente, estar orgullosos de ser argentinos, de pertenecer á nuestro país. ¡ Es tan grande nuestra patria !

A.—Tan grande, que casi caben en ella todos los hombres de la tierra.

E.—Y eso que no hace más que un siglo que somos nación.

A.—(*Sentándose*). Sí; un siglo nada más; pero un siglo bien aprovechado. ¡Ya hemos crecido mucho!

E.—Verdad. Hemos crecido y desarrollado tanto, que dentro de cien años, nuestra patria será inmensa y grandiosa.

A.—Así lo dice también Mr. Smith Spleen.

E.—Es que lo dicen todos.

A.—Sin embargo, algunos extranjeros que vienen á visitarnos, van echando pestes de nosotros. ¿Por qué será?

E.—¡Unos despechados! Vienen aquí con malas intenciones, y luego, como no les salen las cosas como ellos quieren, debido á que ninguno de nosotros es zonzo, se van, bufando. Por lo demás, los espíritus ecuánimes y sensatos, siempre, en cualquier ocasión, nos hacen justicia.

A.—Es cierto, Enrique. Y contra esas malas lenguas, contra esas almas torcidas y peligrosas, nosotros debemos defender nuestra patria, con valentía, porque es como si defendiésemos á nuestra madre de un ataque, de una calumnia, de un traidor.

E.—Claro. También ella nos defiende á nosotros, cuando nuestros hogares se ven en

peligro. Es un deber santo amarla y defenderla, luchar hasta morir por ella.

A.—Tú la sabrás defender mejor que yo. Si vas á ser militar, tendrás, seguramente, ocasión para derramar tu sangre por el amor.

E.—Y tú también; porque aunque seas doctor, cuando llegue el momento...

A.—¡La defenderé con todas mis energías (*Nervioso*).

E.—Es nuestro deber. Si nuestros padres nos dan esta educación, y tienen con nosotros tanto cariño y cuidados, nosotros tenemos que responder á esos bienes, queriéndoles á ellos y á la patria, que así recompensa sus virtudes y sus sacrificios.

A.—La patria, es una segunda madre.

E.—Ni más, ni menos.

A.—Los más degenerados, quieren á su patria.

E.—Cierto.

A.—Ella nos da su sol para vivir, y sus campos para correr y trabajar.

E.—Menos los anarquistas, todos quieren tener patria.

A.—Y hasta los anarquistas, la quieren.

E.—No; los anarquistas, no. Son los únicos.

A.—Sí, Enrique. Esos hombres quieren que toda la tierra sea una patria. La patria universal.

E.—¿Quién dice eso?

A.—Lo he leído en un libro. No me recuerdo.

E.—Hasta los pájaros tienen ese amor. Una golondrina cuando anida una vez, tiene que volver á anidar siempre en el mismo sitio. Por el invierno se va á otros países más cálidos, y, al año siguiente, atraviesa los mares y los continentes, por ir á formar su nido al lugar aquél, donde han nacido sus hijos.

—Es verdad. El amor de patria es como el amor de madre; se siente naturalmente.

E.—Y nuestra patria, la patria argentina, es una madre tan cariñosa, tan buena, que hay que quererla por fuerza.

A.—Nuestros maestros, son tan buenos y amables; nuestros padres tan cariñosos...

E.—¡Nuestra tierra tan rica, y tan fuerte!

A.—¿Vamos á leer otra página del libro?

E.—Bueno; lee tú.

A.—¿Quieres que lea la misma?

E.—No; otra, otra... Déjame leer á mí. (*Le toma el libro*).

A.—Busca una bien linda ¿eh?

E.—(*Leyendo*). El éxodo de las generaciones futuras, se dilatará á través del ancho Océano, como una magnífica peregrinación humana; yendo en busca de su felicidad. Millones de hombres, pueblos enteros, errantes, y entristecidos, mirarán el Occidente como una nueva tierra de promisión; buscando en el confín del mar

las redentoras playas de América, como en otras edades los griegos hermosos el vellocino de oro. Navíos inmensos, trasladarán en un día esos rebaños innumerables de hombres, mujeres y niños, y la R. Argentina, por su clima, por su situación, por su riqueza, y por sus libertades, será la soñada Meca de todos los hombres de buena voluntad, que encontrarán en ella el ideal feliz, que no han podido hallar en ningún rincón de otros países.

Ese día, se avecina á pasos gigantescos. La gran raza latina, esa raza amorosa y atrevida que todo lo ve en sueños de oro, esa raza de guerreros invencibles y profundos sabios, esa raza de corazón é inteligencia, adueñada de todos los resortes de la vida humana, quiere también acaparar los secretos de la inteligencia práctica, y, falta un día de recursos económicos propios, se irá á poblar otros países, otros mundos, con el noble afán de la conquista positiva y práctica; llenando de maravillas y de fuentes inagotables de riqueza, aquel país argentino, que será la envidia entonces de todas las naciones.

A.—Parecen palabras de profecía.

E.—Palabras sabias. (*Cierra el libro*).

A.—¡Qué libro tan bueno!

E.—¿Me lo prestas?

A.—Es de mi papá.

E.—Bueno ; es lo mismo. Voy á comprar uno yo. (*Se oye el piano, y la voz que canta las mismas vidalitas, y, ambos, vanse, cantando con la voz á un acorde con el piano*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



LOS PRÓCERES

DIÁLOGO CÓMICO-SERIO, ENTRE DOS NIÑOS VARONES

EN PROSA

PERSONAJES: LEON—RAFAEL

LOS PRÓCERES

DIÁLOGO CÓMICO-SERIO, ENTRE DOS NIÑOS
VARONES

ESCENA I

Un jardín. Al fondo, una estatua, en busto. Atardece, y el sol derrama su postrera luz sobre los árboles. En torno de la estatua, un coro de niñas, canta una dulce canción patria. Todas visten de blanco con moños azules en el pelo. León y Rafael, están en primer término. El primero regando una planta, el segundo pintando frente al busto. Ambos, con mucha seriedad.

L.—(*Terminando de regar*). Temo que se me ahogue esta planta con tanta agua (*A Rafael*). Papá me ha impuesto el castigo de regarla todos los días, y á mí me parece que cuanto más agua le doy, más mustia se queda.

R.—(*Sin levantar la cabeza*). Seguramente. Si á ti te obligan por la fuerza á tomar de una sola vez dos litros de agua, te enfermas. ¡Vaya un caso!

L.—Lo que hay es que yo no he nacido ni

para jardinero ni para agricultor, ni para chacarero. Me moriría de hambre, si tuviese que ganarme el sustento con esta profesión.

R.—Calla. Tampoco yo nací para pintor, y pinto.

L.—¿Y te resulta bien? (*Se acerca por detrás, y examina con mucha atención el dibujo*). Pero, ¿quién es ese señor que estás pintando? ¿A ver?... (*Quiere tomarle el papel*).

R.—(*Ocultándolo entre las rodillas*). Déjame concluir, y después lo verás.

L.—Pero, enséñame, Rafael. Luego lo terminas. ¿A ver? (*Quiere tomárselo de entre las rodillas, y Rafael se apresura á presentárselo á la distancia*).

R.—¿Lo ves?... ¡Ahí lo tienes!

L.—(*Lo mira con fijeza*). ¿Y qué es eso? (*Frunce el ceño*).

R.—¿No lo conoces?

L.—Pues no lo conozco, de veras.

R.—¿Conoces á aquél? (*Señala la estatua*).

L.—¿Cómo no? Aquél es el gran Sarmiento.

R.—Pues éste es el mismo.

L.—¡Quién! ¿Sarmiento?

R.—Pues claro: Sarmiento. ¿No le imita?

L.—Sí; le imita como se imitan la noche y el sol.

R.—Vos no entiendes de esto, León. (*Con gesto de desdén*).

L.—Pues, por lo que veo, tú tampoco.

R.—Yo, sí. Ya verás, ya verás.

L.—(*Con burla*). Sí, voy á ver al gran Sarmiento, al prócer ilustre, hecho un ilustre mamarracho. No seas pintamonos.

R.—¿Pintamonos?... ¡Pues vaya un crítico que me ha salido á mí! (*A León*). No sabes regar una planta, y te atreves á criticar mi obra.

L.—¿Tu obra?... Dirás, tu mamarrachada.

R.—El gran Sarmiento, no es una mamarrachada. Bien ó mal pintado, es siempre Sarmiento. Estás disparatando, lindamente.

L.—Pues vos, con esa manera de pintar, insultas bárbaramente á nuestro gran maestro.

R.—Cállate, jardinero. (*Comienza de nuevo la obra*).

L.—Calla vos, pinturero. Sirves tanto vos para pintor como yo para plantar coles.

R.—Pues lo que es vos, no sirves para una cosa, ni otra. No sirves más que para echar discursos y hacer de cómico en el colegio.

L.—Y vos, ni para eso.

R.—Aprendiéndolos de memoria, cualquiera sabe.

L.—Hay que tener mucha memoria, y ser discreto, y, además, no avergonzarse.

R.—Ya sé que eres muy atrevido, muy valiente... muy...

L.—Para eso , sí, lo soy. Y ya que me llamas atrevido, ahora mismo voy á decir el discurso que pronuncié el otro día sobre Sarmiento, precisamente, en la escuela.

R.—Bueno ; déjame concluir. No me vengas con latas, León.

L.—Escucha un momento. Voy á pedirle á Sarmiento que te dé inspiración para que lo pintes bien.

R.—Me voy á marchar. No me incomodes, León.

L.—Pero, escucha. Verás qué discurso tan lindo voy á pronunciar. (*Se sube sobre una cosa cualquiera, y comienza á hablar frente á la estatua, con mucha seriedad, é imprimiendo un tono sentido á sus palabras*).

¡ Oh, gran Sarmiento ! Gloria imperecedera de la Nación Argentina ; ilustre prócer de nuestra tierra. Vos fuiste un cariñoso amante de los niños, porque, en tu corazón, tenías las mismas inocencias, bondades y hermosuras de nosotros, y yo, en nombre de todos mis queridos compañeros, vengo á ofrecerte una sencilla ofrenda de recuerdo y amor, como un delicioso perfume de hermosas flores, que vaya á embalsamar la paz y el respeto de tu tumba. (*Rafael escucha atentamente*).

Nosotros, guiados siempre por los sa-

bios consejos que de tu elevado espíritu han surgido, como mundos de luz, trabajaremos amorosamente por dar á nuestro país, á nuestra adorable patria, toda la grandeza, todo el prestigio, todo el honor y toda la inmensidad de que nos hagan capaces nuestras energías, y nuestras virtudes.

Hoy somos niños, y sólo podemos ofrecer nuestra castidad y nuestra inocencia. Mañana, cuando seamos hombres, lucharemos como gigantes por hacer próspera y feliz esta «nueva y gloriosa nación», que tú y nuestros ilustres próceres, nos habéis legado entera y sin mancha.

¡ Oh, gran Sarmiento ! ¡ Caigan sobre tu sepulcro todas las armonías de los cielos, todos los cantos de los pájaros, toda la risa de nuestros besos, todas las alabanzas de la posteridad, y, el sol, bañe eternamente con su luz de oro la cabeza augusta de tus estatuas, y el brillo inmaculado de tu frente ! He dicho.

R.—Pues, amigo, ya pareces un diputado, en miniatura. ¡ Qué manera de hablar !

L.—¿ Te gustó ?... (*Se muestra contento, y se pasea ufánamente con las manos atrás*).

R.—Sí ; pero la inspiración que le ibas á pedir para mí, no apareció por ninguna parte. (*Sigue pintando*).

L.—¡ Ah ! Es verdad. (*Pausa*). ¡ Pues voy á

pedírsela! (*Habla sin subirse, y se va acercando á Rafael, lentamente, mientras lo hace*).

R.—Vamos; venga eso pronto.

L.—(*Hablando con sorna*). Dale inspiración á este gran *Rafael*, para que tu serena y bella cabeza no sufra desperfectos. Dile, ¡oh, maestro querido!, que arroje los pinceles y la caja de pinturas al río, para que no haga más mamarrachos, y feas caricaturas, que son el baldón del arte.

R.—(*Interrumpiéndole*). Te voy á tirar á vos con los pinceles, si vuelves á...

L.—(*Continuando, sin miedo*). Dile que no insulte vuestra augusta efigie, con semejantes dibujos; que no sea pintamonos, y que comprenda que no tiene dedos para guitarrero... (*Rafael se levanta con todos sus cachivaches, y se va enojado*).

L.—Oye, Rafael. Pchs; oye. (*Se va tras él, y tomándolo de un brazo*). No te vayas, hombre. Todo es broma. Ya no sigo más. Vamos...

R.—Tienes unas bromas muy pesadas. (*Se vuelve*).

L.—Pero son bromas, al fin. No te enojés. Ahora vamos los dos á pintar.

R.—Tú no sabes pintar. (*Se sienta en el mismo sitio*).

L.—Bueno; pero hacemos lo siguiente.

R.—¿Qué?

L.—Mira : tú pintas á los próceres de nuestra patria, y yo les pongo abajo la dedicatoria. ¿Quieres?...

R.—Bueno. ¿Por quién comienzo?

L.—Por el que tú quieras.

R.—Yo, el mejor que sé pintar, es á Rozas.

L.—Rozas no es un prócer ; es un tirano.

R.—Pero, ¿no es prócer?

L.—No. Próceres se les llama á aquellos grandes hombres que supieron, con su sabiduría, y con su valor y heroísmo, dar esplendor á nuestra patria.

R.—Entonces Rozas no fué un prócer argentino.

L.—No, hombre, no. Rozas fué un gran tirano, que puso en peligro nuestro país con sus fechorías. Los próceres, ó sea los gloriosos, son Sarmiento, Alberdi, Rivadavia, Alsina, San Martín, Güemes, Belgrano, Las Heras, Bronw, Moreno, Mitre, y tantos otros.

R.—Yo recuerdo el rostro de todos ellos, pero...

L.—Espera. (*Corre á buscar un libro que tiene en un rincón, y desaparece*).

ESCENA II

Rafael, solo, luego León.

R.—Este León, no sé por qué me parece que ha de llegar á ser diputado, ó á ser minis-

tro. Es tan bueno, tan buen amigo, tan inteligente, tan alegre, que da gusto pasar con él el tiempo. Con razón, en el colegio le llaman «el pequeño Del Valle». Habla como un gran orador, y discurre como un filósofo.

L.—(*Llegando con un libro en la mano*). Aquí tienes. (*Mostrándole*). Mira : éste es San Martín, el Napoleón americano ; éste, Belgrano, el popular general, inventor de nuestra bandera ; éste, Mitre, el sabio y guerrero patriarca, nuestro Moisés ; éste, Alberdi, el eminente sociólogo, pensador y publicista ; éste, Vélez Sarfield, el insigne legislador. Mira ; aquí está Sarmiento, el gran magistrado y pedagogo ; el que consolidó el problema de nuestra educación, el gran Amante de los niños.

R.—¡ Tiene cara de bueno !

L.—¡ Tiene cara de santo !

R.—¿ Verdad que es una majadería pintarlo mal ? (*Rompe el dibujo*).

L.—¿ Y por qué lo rompes ?

R.—Porque, eso, es lo que tú dices : un insulto al gran Sarmiento.

L.—Tienes que aprender bien, primeramente, á dibujar.

R.—Hasta que sepa perfectamente, no me meteré á estas cosas. (*En derredor del busto, otra vez el coro de niñas, comienza á cantar el himno*).

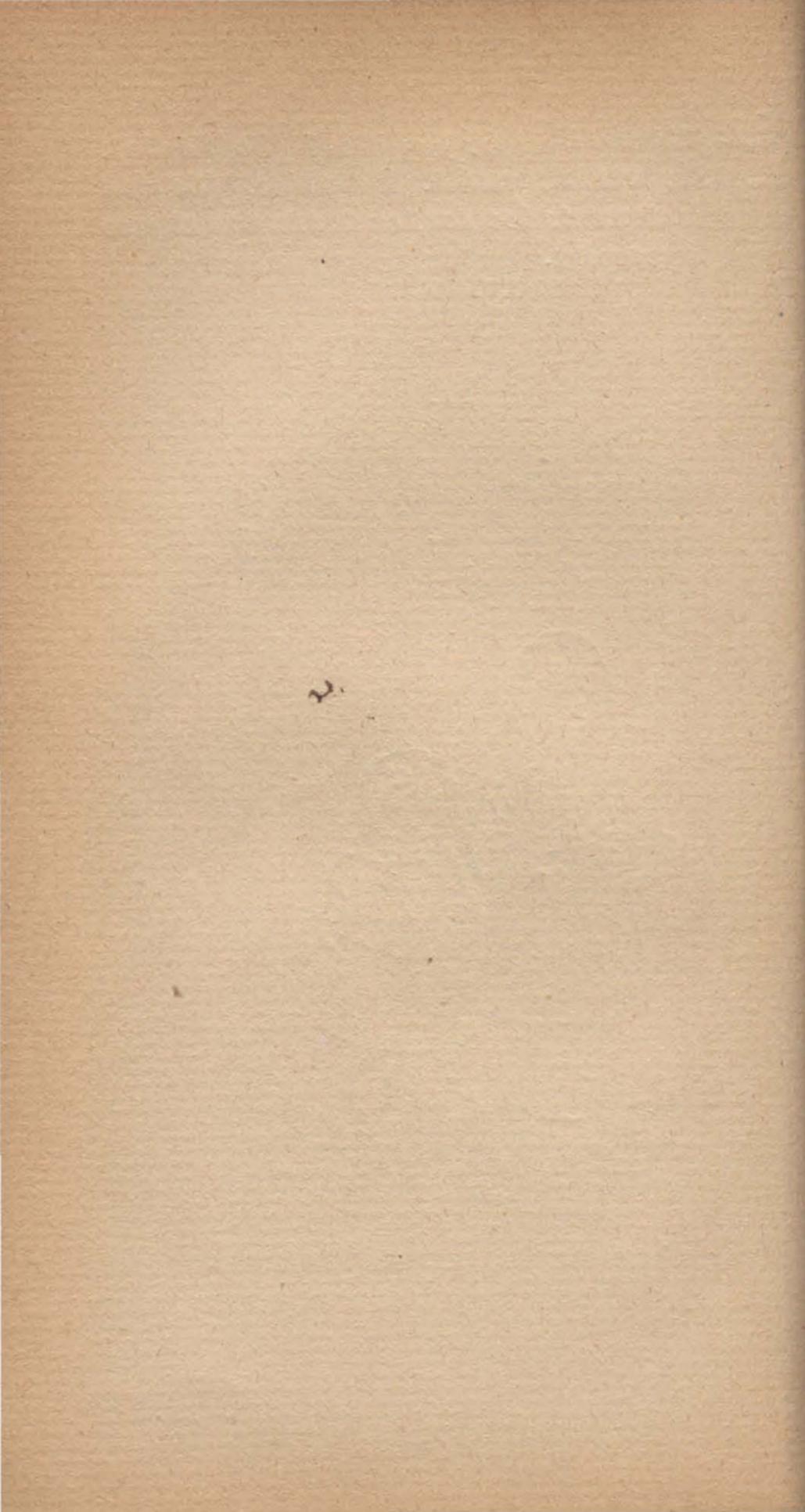
L.—¿Vamos á cantar con ellas? (*Señalando*).

R.—Sí; vamos, vamos. Es mejor. (*Se van lentamente los dos, cantando con el coro á compás*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.





LA BANDERA

DIÁLOGO

PARA NIÑOS VARONES DE 9 A 13 AÑOS

PERSONAJES: RAMIRO (10 años)—MARIANO (12 id.)

LA BANDERA

La escena representa un patio. A lo lejos, se ve ondear sobre un alto edificio una bandera argentina, que está á media asta. Mariano, aparece contemplando la bandera, mientras que, por delante de él, se pasea con un libro abierto, Ramiro.

M.—¿Por qué estará á media asta la bandera?
¿Sabes quién ha muerto, Ramiro?

R.—No sé; no sé. Déjame de banderas y de tonterías.

M.—¿De tonterías? ¡Pues vaya, hombre! ¿Es acaso una tontería nuestra bandera?

R.—Si no es una tontería, es cosa parecida.
(*Sin dejar de pasearse*).

M.—¡ Quien pareces tonto eres tú!

R.—¿Yo? (*Se detiene mirándolo*).

M.—Pues, claramente. ¡ Cuando al símbolo de la patria le llamas tontería!...

R.—¿Y tú qué le llamas? (*En son de conmisericordia*).

M.—Yo no le llamo eso; la invoco por su nombre.

R.—Pues yo no la invoco; porque más me conviene invocar y fijarme en esto que tengo

delante. (*Le muestra el libro*). Tú sigue mirando á la luna.

M.—¡ Cuando te digo que pareces un simple !...

R.—No tanto como tú. Simpleza es la tuya, que estás perdiendo el tiempo en mirar y contemplar como un bobalicón ese pedazo de seda, colgado de un palo.

M.—¡ Pedazo de seda ! Calla, pedazo de atún. Eres un gran ignorante. Tú no eres argentino, ni patriota, ni cosa que se le parezca.

R.—Para eso tú, que eres un sabio.

M.—No soy un sabio, ya lo sé ; pero en esto revelo tener más inteligencia que tú, con todas tus cuentas y majaderías.

R.—Mira : ¿ sabes qué más ?

M.—¿ Aún más tonterías ?

R.—Sí ; más tonterías. A mí, la bandera, no me da nada, ni me sirve para nada, y, esto, los problemas matemáticos, me darán el día de mañana el pan, y me servirán para ganarme la vida. Lo demás, ya te dije que son tonterías.

M.—Seguramente, has creído que acabas de decir un gran pensamiento, una suprema verdad, y no has dicho sino el mayor de los disparates.

R.—¿ Disparates ?

M.—Justamente : puros disparates. Yo quisiera que te estuviese escuchando el profesor del colegio para que recibieses el merecido

castigo. Ellos no enseñan eso ; ni á mí, ni á ti.

R.—¡ Y á mí qué me importa ! ¿ No soy acaso dueño de pensar como quiera ? ¿ Qué me importa á mí la bandera ? ¿ Es más que un pedazo de seda, y, á veces, ni seda, que pende de un asta ?

M.—Y dime una cosa, Ramiro.

R.—¡ Qué !

M.—Si vieses que un extranjero rompía, ó pisoteaba nuestra bandera, ¿ no protestarías ; no la defenderías con todas tus fuerzas ? ¿ La dejarías pisotear ?

R.—¿ Y qué iba á hacer yo ? ¡ Pchs !...

M.—¿ Qué ibas á hacer ? Perdóname que te diga que tú, en este caso, revelas ser un solemne necio, Ramiro.

R.—¡ Eh !... Mi opinión no te autoriza á insultarme. Cuida la lengua, y no te extralimites. La necedad es tuya, puesto que estás dando una importancia inmensa á lo que, en verdad, no la tiene.

M.—(*Se pasea nervioso*). Pero, ¿ en realidad dices eso de corazón, Ramiro ?... ¿ No será chacota tuya ?

R.—No, no es chacota mía. Yo digo lo que siento. A lo más, la bandera, será un símbolo de guerra, cosa de soldados. Pero, ¿ qué me ha de importar á mí, que no soy soldado, ni pienso serlo ?...

M.—¡ Me resisto á creerlo, amigo mío! (*Con tristeza*).

R.—Pues, puedes creerlo, Mariano.

M.—¿ Será posible?

R.—¡ Y tan posible!

M.—Entonces, quieres decir con eso, que, para ti, la bandera, no tiene ningún significado.

R.—Significado, lo tiene; pero no le doy esa importancia tan santa, como tú le das. (*Ap.*) ¡ Voy á hacerlo enojar!...

M.—Pues mira, Ramiro. Te agradecería, en verdad, que me dijese en qué aprecio tienes tú la bandera.

R.—Con mucho gusto. (*Coloca el libro bajo el brazo, y con gesto de superioridad*). La bandera de la patria, es, ni más ni menos, que una representación del país en que uno nace, sin otro significativo, ni transcendencia. Aunque la comparación no sea muy apropiada, viene á ser lo mismo que esos infinitos banderines de remate que hay por todas partes, anunciando la operación de rematar una cosa cualquiera.

Esos banderines dan la idea de lo que va á rematarse, como la bandera trae al pensamiento la existencia de un país ó de una patria. Eso es todo.

M.—(*Enojado y nervioso*). Eso es nada. Eso es una ignominia que acabas de decir; eso es el mayor de los disparates, Ramiro; eso

no lo dice un argentino (*dando vueltas nerviosamente*), ni un niño, ni un hombre, que está en su pleno juicio. Me pones mal con tus majaderías, con tu manera de pensar y de discurrir (*Ramiro lo mira con aire de extrañeza*). ¡Dios quiera que no sientas jamás la necesidad de implorar el auxilio de esa bandera, en tu vida, porque, entonces, te recordarán y mordearán en el corazón amargamente esas palabras que acabas de pronunciar, con el mayor desdén, y la más tremenda indiferencia!

R.—(*Interrumpiéndole*). ¡Caramba! Pareces un áspid.

M.—Y soy más que áspid; soy un tigre de Bengala, cuando escucho tamañas barbaridades. ¿Qué crees tú? ¿Piensas, acaso, que puede jugarse así impunemente con el sagrado emblema de la patria, llamándole banderín de remate, y otras cosas por el estilo? ¿Nos mandan nuestros padres al colegio para que salgamos de él, despreciando la patria y sus emblemas? Yo, no puedo, no puedo, querido amigo, callarme ante todo eso. ¡Eso es ignominioso!

R.—(*Sonriendo*). Pues, amigo Mariano; quisiera yo ahora que me explicases el concepto, ó el por qué tienes tú en tanta estima la bandera.

M.—¿El por qué la tengo en tanta estima?

- R.—Sí ; explícame eso. ¡ Te lo agradecería en verdad !
- M.—No tengo inconveniente, siempre que, al fin de cuentas, no me vengás con otra majadería.
- R.—No creas, Mariano. Casi me has conmovido y hecho reflexionar con tus palabras. Explícame, explícame.
- M.—La bandera de la patria es el símbolo más hermoso que la representa, y casi la mejor que la representa. Es como un emblema sagrado que nos trae á la memoria el recuerdo de nuestro país, de nuestros hogares, de nuestros amores y de todo cuanto constituye nuestra vida. Es como el alma de la patria que vive y flota siempre en lo más alto de los edificios, como si ella quisiera protegernos bajo sus pliegues, á todos cuantos nos amparamos bajo ella. Sin ella, no es posible el concepto de patria, porque la patria no puede estar en todas partes, y, ella, la bandera, es como la bella mensajera que la lleva á mostrarla por toda la tierra, y, á su presencia, rompen los cañones en salvas, y los pueblos en hurras, como si saludasen á la patria misma. Por ella, se nos respeta en todas partes ; se nos teme ; se nos agasaja, y aplaude. Tú sabes y puedes darte cuenta de lo que en realidad significa la bandera, cuando, por pisarla, ó romperla,

solamente, las naciones se declaran la guerra con ensañamiento. La bandera es el amor propio, el honor, la dignidad de una nación, y cuando á ella se le da un desaire, se desaira á la nación que representa, se desaira á sus ciudadanos, que somos nosotros, y al país en pleno.

R.—¿Y por qué así se le da tanta importancia?

M.—Te lo explicaré más claro. Dime: si á ti te dan una bofetada, ó maltratan de palabra á algún miembro de tu familia, á tu papá, ó á tu mamá, por ejemplo, ¿no te defiendes?

R.—¡Hasta con los dientes!

M.—¿Y por qué te defiendes?

R.—Porque es una bajeza lo que se me hace, y una deshonra.

M.—¿Y por qué más?

R.—Porque yo no puedo consentir, por mi dignidad, que se me pegue en la cara, ni que se insulte á mis padres, puesto que los padres son sagrados.

M.—Pues, amigo mío, la bandera es lo mismo. Tú defiendes á tus padres, y te defiendes á ti, porque tus padres te merecen mucho respeto y cariño, y son los coautores de tu existencia, y de tu vida, y, á la bandera, que representa á la patria donde uno nace, vive y se desarrolla á su amparo, también hay que defenderla.

R.—Vamos : quiere decir que la bandera es como un retrato de nuestra patria.

M.—Justamente. Eso mismo : un retrato.

R.—En ese caso tienes mucha razón, Mariano.

M.—Mira, Ramiro. Nunca se sabe mejor lo que vale y significa la bandera, sino cuando se está ausente de la tierra donde uno nace.
¡ Se siente una emoción !

R.—¿ Tú la has sentido?...

M.—Por eso te hablo ; porque la he sentido.

R.—¿ Y cuándo?

M.—Cuando, después de morir mamá (que en paz descansen), me llevó á España á hacer un viaje de recreo, mi padre.

R.—¿ Y qué sentiste?

M.—Voy á contarte. Después de visitar y estar unos días con la familia de papá, viajamos durante cuatro meses por aquella tierra hermosa. Fuimos de ciudad en ciudad, admirando sus monumentos y sus antigüedades, que son muchas y maravillosas, como en Italia. Yo, ya estaba tan habituado al trato de aquellas buenas gentes, y tan armonizado con aquel país de tantos paisajes hermosos, que casi no me pasaba por la memoria mi patria. Pero, he ahí que, un día llegamos á una gran ciudad, que no recuerdo cómo se llama en este momento, y estando en la punta de un muelle muy largo, contemplando el mar inmenso y pacífico, vimos

que, allá lejos, en el horizonte, navegaba á toda vela hacia el puerto un hermosísimo bergantín blanco, como una gaviota, y alto como una torre. Como era tan hermoso aquel buque, esperamos á que atracase al puerto para, de ese modo, poder admirarlo mejor ; y, ¡ cuál no fué mi sorpresa, cuando, al divisar el buque en toda su majestad, veo que, en su tope, ondeaba, marcial y solemne, la hermosa bandera azul y blanca, la bendita bandera de mi querida patria !

R.—¿ Era un bergantín argentino ?

M.—Sí, y tanto fué el entusiasmo y la emoción que sentí correr por mis nervios que, sin saber por qué, me eché á llorar como un loco, sin poderme contener. Aquella bandera traía á mi ausencia el recuerdo de mi país ; parecía en sus ondulaciones el alma de mi patria que me llamaba á ella ; era como una salutación cariñosa de mi adorable tierra, y por mi alma cruzó como un relámpago el recuerdo de mi madre muerta, que estaba sola, allá del otro lado lejano del mar. Se me fué la alegría, y todo el cariño por España, y no pensé entonces más que en volver á mi tierra, á mi país, á mi patria ausente. Nos volvimos en seguida, porque papá comprendió mi desesperación, y me trajo á los pocos días.

R.—Pero, en verdad, ¿sentiste todo eso?

M.—En verdad, Ramiro. ¡Me obligarás á jurarlo!

R.—No, no jures, Mariano. Te lo creo, y, ya, desde ahora mismo, creo en el grandioso significado de nuestra hermosa bandera.

M.—Tenemos que quererla, como al corazón de la patria.

R.—Tenemos que adorarla. Yo así lo haré.

M.—Tenemos que defenderla.

R.—Hasta derramar la última gota de sangre.

M.—Como defenderíamos á nuestra madre.

R.—Así. Con el mismo coraje, con el mismo heroísmo.

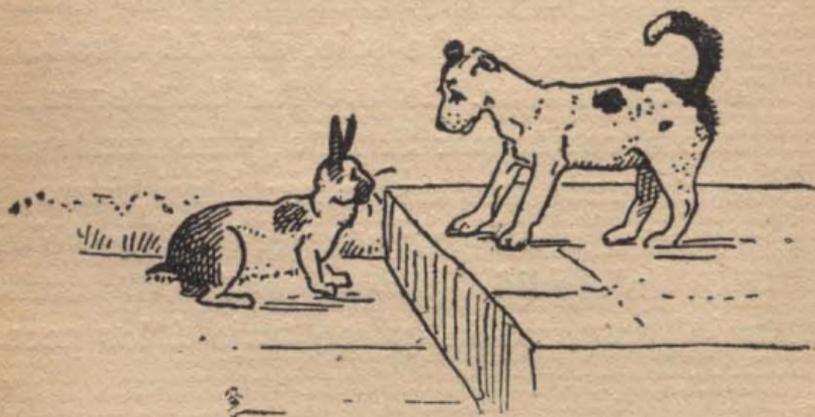
M.—Juremos, pues, hacerlo.

R.—¡Juremos, juremos! (*Se abrazan y cantan*)

«Oh, juremos con gloria morir,
oh, juremos con gloria morir.»

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



¡CENTENARIO!

ALEGORÍA PATRIÓTICA-INFANTIL

PARA NIÑOS Y NIÑAS

ESCENA ÚNICA

Un salón. Al fondo, profusamente iluminado, la figura de la República Argentina, con una corona de laureles en las sienes, y vestida con una bandera de la patria. La figura puede ser una niña. Por derecha é izquierda, los retratos de los principales próceres argentinos. En frente, aparecen, primero, en fila, seis niñas, vestidas de azul y blanco, y atrás, también en hilera, otros seis niños, en traje de la Independencia. Cantan á coro el himno, si puede ser, acompañados de un piano. En un ángulo del fondo, frente á la figura de la patria, una pequeña tribuna.

UNA NIÑA.—(*Se destaca del grupo, después de terminar de cantar el himno, y se dirige á la tribuna*).

Patria mía : mensajera
de los niños argentinos,
traigo sus cantos divinos,
como una alondra parlera.
Y al saludarte, quisiera
tener la bella expresión
de un poeta, y, en mi canción,

ceñir á tu sien las palmas
que te dedican las almas
jóvenes de la Nación.

Cien años van de existencia,
y, en lucha tenaz y ardiente,
hemos ceñido á tu frente
lauros de progreso y ciencia.
Que, en la augusta reverencia
que nos inspira tu historia,
conservamos tu memoria
impresa en los corazones,
y en el alma, los blasones
de tu magnífica gloria.

¡ Oh, patria ! Cuando al llegar
de la vida á los dinteles,
admiremos los laureles
de tu gloria secular,
juraremos levantar
tu nombre hasta las estrellas,
quitarles su luz á ellas,
para dártela á ti, sola,
y tejerte una aureola
de luces y flores bellas.

Hoy nada podemos darte,
porque somos aún infantes,
si bien seremos gigantes,
para saber adorarte.
Sólo ansiamos demostrarte
nuestro cariño eternal,
y ofrecerte el ideal
de nuestras almas ardientes,
y pedirte nos alientes
en tu grandeza inmortal.

(Ofreciéndole un hermoso ramo de flores).

Aquí están, patria querida,
nuestros más puros amores ;
aquí están las bellas flores
de la pampa redimida.
En tu bandera extendida,
yo las quiero colocar,

(Prende el ramo de la bandera)

para que puedas mostrar
al mundo, con tu grandeza,
tu magnífica belleza
sobre un magnífico altar.

(Se baja de la tribuna, y, plegándose al grupo de las niñas, éste se entreabre para dar paso á un niño, que atraviesa, arrogante, hacia la tribuna)

El niño.—*(Saludando antes á la patria con la cabeza, lee en alta voz, también, el siguiente discurso) :*

¡Oh, patria adorable! Vengo ante ti, con el bello mensaje de los jóvenes corazones masculinos, á ofrecerte, en su nombre, todo el inmenso amor y cariño que te profesamos. En tu grandioso centenario, no podemos pasar sin manifestarte nuestro ardor y esperanza en conseguir para tu gloria todas las conquistas del pensamiento y del trabajo, que nos sean accesibles.

Bajo el esplendente sol con que brilla el pedazo de cielo de nuestra bandera, nuestras almas se animan y vivifican con ese amor y entusiasmo de las causas nobles y sublimes; encendiendo nuestros corazones en el amor á tu gloria, á tu grandeza y á tu inmensidad. Nuestra niñez, nada nos permite hacer más que quererte; los grandes hechos y las sublimes conquistas de la vida, es tarea reservada únicamente para quienes, lejos ya de la infancia y de la inocencia, luchan en estos momentos por engrandecerte y conservar y aumentar en tus sienas la gloria que estos ilustres próceres que te rodean supieron conseguir para ti. Nosotros, patria querida, somos los hombres del mañana; somos los futuros soldados que batallaremos y sabremos morir por ti, y en tu defensa, como supieron morir y engrandecerte nuestros emancipadores y nuestros

sabios, en cuyos ejemplos bebemos hoy nosotros el agua cristalina y saludable de los estímulos.

Al amparo de tu bandera, seguiremos las huellas imperecederas de nuestros antepasados, y, como ellos, todo nuestro afán, toda nuestra vida, estarán por entero consagrados á ti, como la buena madre cariñosa que nos cobija bajo su cielo, esplendoroso y feliz.

Nuestras almas aún no han sido fundidas en el yunque de tu sacrificio; no tienen adquirido aún esa robustez y serenidad y fortaleza, que se alcanza en la edad plena de la vida. Empero, bajo la influencia de los ejemplos y de las enseñanzas, vamos ¡oh, gran patria!, cimentados en tu amor, y en tu cuidado, para elevarte cantos de gloria y de esperanza en nuestras floridas juventudes.

Nada nos detendrá al sacrificio. Ni los rudos combates, ni los más tercos reveses, ni las más tremendas desgracias, infundirán en nosotros el desaliento en tu amor y defensa, y, llenos siempre de fe y entusiasmo, dejaremos correr nuestra sangre heroica, hasta que no quede en nuestras venas la última gota. Seremos como aquellos famosos griegos de la antigüedad, que sabían morir por su patria,

sonriendo en la agonía, cubiertos de heridas.

Yo, pues, en nombre de todos los niños, traigo á tus plantas la fe de nuestros juramentos, y el ardor de nuestros corazones, como la mejor ofrenda que podemos ofrecerte, en tu prosperidad y en tu porvenir.

(Se baja y pliégame al grupo de niños, y de nuevo comienzan á cantar el himno).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



MITRE

DIÁLOGO

SERIO-INFANTIL, PARA NIÑOS VARONES
DE 9 Á 13 AÑOS

PERSONAJES: RUBÉN—CARLOS

ESCENA I

Una sala. Al fondo, un retrato del general Mitre, de cuerpo entero. Rubén y Carlos aparecen mirándolo.

R.—Fué el más grande hombre americano de nuestra época. Es tanta su gloria y sus virtudes, que no caben en su país, y se han extendido á toda la tierra.

C.—Y con su traje, no parece que haya sido lo que fué.

R.—Ciertamente.

C.—¿Por qué llevaría siempre chambergo?

R.—Porque era su distintivo. Fué tan sencillo y modesto, que para él las condecoraciones con que estaba engalanado por todos los gobiernos de la tierra, no le significaban nada, y nunca, ó casi nunca, las lució en público. ¡Hasta en eso fué grande!

C.—Fué poeta, también, ¿no es verdad?

R.—Fué poeta, literato, historiador, sociólogo, filósofo, guerrero, estadista, gran político, y ¡qué sé yo lo que abarcó su espíritu!

C.—Fué un coloso del pensamiento.

R.—Quizá nuestra patria no tenga otro como él en muchos años.

C.—Un pensador tan grande, no.

R.—¡Qué desdicha que haya muerto!

C.—Ya era muy anciano.

R.—Un hombre tan grande debía vivir eternamente. Nuestra patria ha perdido con él su más bella representación política.

C.—Y dicen que Sud América uno de sus hombres más prominentes.

R.—Desde que América es independiente, pocos espíritus tan grandes y brillantes han nacido como nuestro general Mitre.

C.—Es verdad. Contando los más célebres que han existido, ocupa nuestro ilustre prócer el primer escalón de la gloria.

R.—El primero, pueda ser que no; pero poco, muy poco ha de faltarle.

C.—¿Te parece que no es el primero?

R.—Creo que no. Sin embargo, se discute aún.

C.—No hay discusión posible, Rubén. Yo quisiera que me dijese cuál fué ese otro hombre que ha superado á nuestro valiente general.

R.—Dicen que Wáshington, en Norte América, y, en el Sud, San Martín y Bolívar. Después vienen otros, que también han sido muy célebres.

C.—Pues yo protesto contra esa opinión.

R.—¿Tú protestas? (*Con extrañeza*).

C.—Sí, protesto yo. (*Con firmeza*).

R.—Pero ¿será eso el protesto de una letra de Banco?

- C.—Nada de letras, ni de Bancos. Yo no sé nada; pero ante esa afirmación, yo no me callo. No, señor...
- R.—Nosotros, los que nada sabemos, Carlos, tenemos que acatar lo que dicen los hombres sabios.
- C.—¿Y quién es el sabio que afirma eso?
- R.—A punto fijo, no lo sé. Pero recuerdo haber leído esa opinión, ó haberla oído.
- C.—¡Cuándo?
- R.—Hace poco tiempo.
- C.—¡Ah! No te contradigo. Eso creo que lo ha dicho un periodista norteamericano, que, porque le ha ido mal aquí, debido á su orgullo y á su desconocimiento de nuestro país, se fué diciendo barbaridades de la R. Argentina.
- R.—Creo que sí.
- C.—Si mal no recuerdo, la «Prensa» habló de eso mismo, y rechazó los conceptos que nos aplicaba ese señor.
- R.—Efectivamente. (*Haciendo memoria*). Hablaron y comentaron el asunto varios periódicos. Ahora recuerdo.
- C.—Y bien, Rubén. ¿Crees tú que puede tomarse por axioma la opinión de un despechado, como fué ese periodista?
- R.—En ese caso, no. Pero es indudable que Wáshington ha sido también muy glorioso.
- C.—No lo discuto. Pero hay que medir los mé-

ritos, y las virtudes de cada uno, para darle el lugar que le corresponde.

R.—Eso, no podemos hacerlo nosotros, Carlos. Es tarea de los altos pensadores y de los filósofos. Nosotros no sabemos nada.

C.—Pues, mira. Yo mismo, sin conocer á fondo la historia de estos hombres, de los países americanos, me atrevo á pesar las grandezas, y á probarte que Mitre fué, hasta el presente, el más grande hombre americano.

R.—No te considero capaz.

C.—¿Que no me consideras?

R.—No, Carlos. Y perdóname que te sea tan franco.

C.—¡Quisiera demostrártelo!

R.—Somos muy niños para emprender esas empresas. Todavía no hemos entrado, como quien dice, en el campo del saber.

C.—No somos sabios, es verdad. Sin embargo, con nuestros pocos conocimientos, podemos entre nosotros emitir una opinión.

R.—Entre nosotros, puede pasar; pero es un atrevimiento exteriorizarla; hacerla pública.

C.—Yo no pretendo hacerla pública, Rubén. Mi opinión, queda aquí, entre tú y yo.

R.—Vamos; ya que tanto te empeñas en ello, demuéstrame entonces que Mitre ha sido el más grande hombre americano.

C.—Te ruego que no te rías. (*Rogativo*).

R.—¿Por qué he de reirme?

C.—Por alguna errata que se me escape.

R.—¡Bah! Eso les ocurre también á los más sabios. Vamos; comienza entonces, que se acerca la hora de irse al colegio. (*Mira el reloj*).

C.—La razón por la que yo opino...

R.—(*Interrumpiéndole*). Pero tú solo, ¿eh? Tú solo opinas.

C. Bueno; no comiences tú á interrumpirme.

R.—(*Sonriendo*). Vaya, entonces: continúa.

C.—La razón fundamental por la que considero al general Mitre, el más grande hombre americano, es: Primero: porque su genio fué tan variado y elevado, que no solamente abarcó el arte de la guerra, sino también los intrincados problemas de la ciencia, y las maravillas difíciles del arte, y Segundo: porque su patriotismo y su ardor por el engrandecimiento de su país, nuestra patria, fué tan intenso, que quedó en nuestra historia, como un ejemplo y un símbolo de virtudes cívicas. Wáshington, San Martín y Bolívar, fueron únicamente grandes guerreros, que supieron emancipar de la Metrópoli estos inmensos países, dándoles la libertad y la independenciam, y, en este sentido, aparecen como prominentes figuras americanas; pero D. Bartolomé Mitre, el prócer argentino, sin mancha, no sólo triunfó en

las armas, en grandes contiendas, sino que triunfó también en la diplomacia, en la política, en el arte y en la ciencia. Esa es mi opinión.

R.—No está, en mi parecer, descabellada. Tienes buen juicio.

C.—Es la verdad. La historia nos habla de eso, y yo invoco á la historia.

R.—Sí ; pero hay más que eso ; hay más que la historia en esos asuntos. Además, la que nosotros estudiamos, nos habla ligeramente de esas cosas.

C.—Sea, como sea. Mitre es argentino ; tiene tantas virtudes como el mejor, es célebre en el mundo, y, por lo tanto, el primero es él, y ningún otro.

R.—Sea, entonces. ¡ Vamos !

C.—No ; pero yo no quiero que sea así de lástima, como tú dices. Quiero que sea porque lo merece.

R.—Bien ; porque lo merece entonces.

C.—¿ Lo crees así tú ?

R.—Sí, lo creo. El primer hombre sudamericano.

C.—¡ Quién fuera como él !

R.—Hay que estudiar mucho, muchísimo.

C.—Si estudiando mucho se consiguiese imitarlo...

R.—Estudiando mucho se consigue siempre lo que se quiere, hasta llegar á ser sabio, como fué él.

C.—¿Sabes los versos que le ha dedicado á Mitre un poeta extranjero?

R.—No ; no los sé. ¿Tú lo sabes?

C.—Sí.

R.—A ver ; dímelos.

C.—No sé más que dos estrofas, ó tres.

R.—Dime las que sepas. ¿Son lindos?

C.—A mí me gustan mucho.

R.—A ver ; recítamelos.

C.—(*Discreto y conmovido*).

Es el ídolo argentino,
de perdurable memoria.
Marca á su pueblo el camino...
y, como un sol peregrino,
¡ llena su patria de gloria !

Por ella quemó el incienso
de sus sentimientos grandes,
y es su pensamiento, intenso,
más sólido y más inmenso
que los gigantescos Andes.

Sobre su tumba de amores
bebe una generación
sus sublimes resplandores,
entregándole las flores
más bellas del corazón.

- R.—¿Y son de un poeta extranjero esos versos?
- C.—Sí; no recuerdo cómo se llama.
- R.—Ya ves, Carlos, cuánto vale ser grande hombre.
- C.—Yo, desde hoy, mis mejores amigos serán los libros.
- R.—Sólo, así, se consigue la gloria.
- C.—¡Es tan hermoso el saber mucho!
- R.—Es la única dicha del espíritu, hacerle ver siempre nuevos horizontes, hacerlo avanzar.
- C.—Voy á leer otra vez los versos. (*Se dispone á leer*).
- R.—(*Mira el reloj*). No hay tiempo, Carlos. Ya los leeremos otro día. Es hora de ir al colegio. ¿Vamos?
- C.—Corriendo.
- R.—De niño aprenderás, lo que de hombre sabrás. (*Vánse*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.

GUIDO SPANO

COMEDIA

SERIA-INFANTIL PARA NIÑOS VARONES
DE 10 A 12 AÑOS

PERSONAJES: FERNANDO—JOSÉ—SEBASTIÁN

ESCENA ÚNICA

Una galería, en cuyo fondo hay un retrato del poeta. Fernando, José y Sebastián, miran á lo lejos el tráfico de las calles. Visten los tres con mucha elegancia.

F.—(*Señalando*). Mira ; mira allá (*á José*) qué infinidad de coches, tranvías y automóviles vienen y van.

J.—Es verdad. ¿Qué será eso?

F.—Alguna fiesta, seguramente. (*Sebastián contempla al poeta*).

J.—¿Y qué fiesta?

F.—No sé qué fiesta será.

J.—Pues mira que va gente. ¡Qué barbaridad!

F.—Pueda ser que sean las romerías de los españoles. ¡Son tan bulliciosos!

J.—¿Hacia Palermo?

F.—Pues claro ; en Palermo es donde se celebran.

J.—No sabía. Entonces, es fácil que sean... (*recordándose*). Pero, escucha. Las romerías de los españoles, se celebran en septiembre, y no puede ser.

F.—Entonces no sé ; no puedo saberlo.

J.—Vamos á preguntárselo á Sebastián, al doctorcito.

F.—Sí, él es fácil que lo sepa ; está al corriente de todo lo que ocurre en Buenos Aires.

J.—(*Llamándole*). ¡ Sebastián ! ¡ Sebastián !
(*No hace caso, y sigue mirando el retrato*).

F.—Sebastián ; ven un momento.

S.—¿ Qué queréis ?

J.—Dinos : tú, que todo lo sabes, ¿ qué fiesta hay hoy en Buenos Aires ?

S.—¿ Soy algún calendario yo para saberlo ?

J.—Bien podías saber.

F.—¿ No sabes, Sebastián ?

S.—Fiesta no hay ninguna que el calendario diga, por lo menos. Esa gente va á la fiesta que se celebra todos los domingos en Palermo.

J.—¿ A qué fiesta ?

S.—¿ Tampoco sabes eso ? Pues á las carreras.

F.—Es cierto. Todos esos coches y automóviles van á las carreras.

J.—¡ Ah ! Efectivamente. ¡ Las carreras !

S.—Sí ; á las carreras. Llevan todo el entusiasmo por perder el dinero. Los hombres son locos.

J.—Perderlo ó ganarlo.

S.—¿ Ganarlo ? Difícilmente.

F.—Sí ; ganar en las carreras es perder.

S.—Tiene mucha razón Fernando. Aunque en las carreras se gane, se pierde siempre. Es un juego del diablo.

- J.—Seguramente. Si después de ganar, vuelven á jugar otra vez, perderán.
- S.—Lo mejor es no ganar ni perder. Y lo razonable es quedarse en casa.
- J.—Pues hay algunos que ganan mucho dinero á las carreras. Hasta llegar á hacerse ricos con los caballos.
- F.—Los dueños de los caballos que corren pueda ser que se hagan ricos, si tienen buenos animales; pero jugando á las carreras, simplemente, no hay ninguno que pueda enriquecerse.
- S.—Y no solamente no hay ninguno que se convierta en un hombre rico, sino que, generalmente, todos los que juegan á las carreras, se arruinan y se vuelven irremediables en ese vicio.
- J.—¡Bah! Yo creo que jugar una vez cada domingo, no es gran vicio. A lo sumo, se perderá un peso, ó dos.
- F.—No sería nada el peso, si uno no se acostumbra á jugar siempre, después.
- S.—Es un vicio fatal. Ya veis tantos coches, tantos automóviles, tanto ir y venir, y sólo, al fin de cuentas, dos que ganan y cincuenta mil que pierden. Para que veas tú, José, hasta qué punto llega á dominar al hombre el vicio de las carreras, baste decirte que muchísimos obreros argentinos, apenas cobran á los sábados sus jornales, los guardan íntegros para colocar

en el juego, al domingo ; dejando á sus hijos y á sus señoras sin pan en casa y llenos de miseria. Es un vicio fatal ; los extranjeros huyen de él, con mucho tino, porque conocen sus peligros.

J.—Y hasta dicen que hay algunos que se matan por perder el dinero en las carreras.

F.—Pues claro. Dime tú ; un hombre que ha pasado toda su vida trabajando como un centauro para ahorrar para sus hijos unos pocos pesos y luego que el diablo lo tienta, y se meta en las carreras, y pierda. Es, ó será tan doloroso eso, que aquel hombre perderá casi la razón, y se matará.

S.—Sólo hay un remedio para evitar todo eso.

F.—¿Cuál?

S.—La fuerza de voluntad. Con ella se triunfa siempre.

J.—Pero á mí, Sebastián, lo que me hace gracia es el modo que tienen de acudir esas gentes que juegan.

F.—Van como locos al abismo.

S.—Van ciegos. De esos miles de hombres que conducen esos coches, tranvías y automóviles, hay que echar la cuenta de que ninguno va á ganar, y todos van á perder el dinero que tengan.

F.—¿Y ellos no sabían eso?

J.—Claro ; deben saberlo.

S.—Lo saben ; pero la esperanza de ganar al-

guna vez, por una parte, y, por la otra, la poca voluntad para retraerse, los impulsan hacia adentro, y bulliciosamente, entre ellos mismos, se esperan también. A mí, me da miedo mirar esa manifestación del vicio en pleno Buenos Aires; voy á hablar con mi viejito un rato, que estoy más á gusto; yo no quiero ni mirar eso.

F.—¿Y quién es tu viejito?

S.—Aquél. (*Señala el cuadro del poeta*).

J.—El gran poeta, Guido Spano.

S.—Es un poeta tan fresco y hermoso del rostro, que da gusto mirarlo. Parece hablar-nos.

F.—Parece un patriarca. Con su barba blanca, derramada por el pecho, tiene la figura del Espíritu Santo.

J.—Dicen que es muy bueno.

S.—Es buenísimo. A los niños, los adora, los besa, con un delirio de cariño tan intenso que encanta.

F.—¡Fué un gran poeta!

S.—Cantó las glorias de nuestra patria, como ninguno.

J.—Nosotros debíamos imitarlo, ¿no es verdad, Sebastián?

S.—Eso mismo. Imitarlo con el estudio y con el amor á la patria.

F.—De esa manera, nuestra patria será grande y gloriosa.

J.—Grande ya lo es. Más gloriosa, la haremos.

S.—Bien, amigos queridos. Pues, como un juramento, cantemos ante el inmortal poeta Guido Spano, nuestro amor á la patria argentina, y nuestro cariño hacia él.

F.—Cantemos.

J.—Cantemos. (*Se dirigen frente al cuadro*).
(*Cantan con música del himno*).

¡ Oh, gracioso cantor de esta tierra,
oh poeta, sin fin, del amor!
á los niños que la patria encierra,
para amarla, inspirables ardor.

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



CORAZON

DIÁLOGO

ESTANCIA CÓMICO-DRAMÁTICA-INFANTIL
PARA NIÑOS DE 11 Á 13 AÑOS

PERSONAJES

ISIDORO (protagonista).

JOSÉ.

DANIEL.

MARTÍN.

SANTIAGO.

LANCHITA.

ESCENA I

Un patio de un colegio. Al fondo, el escudo de la República Argentina. Debajo del escudo, Lanchita, mal vestido, con cierto aire de tristeza y dejadez. Isidoro y Martín aparecen separados de Lanchita, conversando en medio del patio. Los dos visten elegantemente.

I.—(*Entusiasmado*). Mamá se moría irremediablemente. A mí me tenía entre sus brazos, y me apretaba nerviosamente, mientras que sus labios, ardientes por la fiebre, me besaban con un frenesí, con un cariño, con una locura de amor, que cada vez que lo recuerdo, lloro no sé por qué.

M.—¿Estaba muy enferma?

I.—Agonizaba, y mi papá se volvía loco, por no encontrar nada con qué salvarla. Nuestra estancia se halla muy lejos del pueblo; medio día de galera, y las medicinas que papá tenía, ninguna le hacían bien á mi mamá. Por otra parte, era noche, y todo se presentaba tan mal, que nos desesperábamos.

M.—¿Y cómo os habéis arreglado?

I.—Pues á eso quería llegar; á demostrarte que

nuestros gauchos son muy serviciales, muy buenos y muy valientes. Gracias á uno de esos hombres de campo, se salvó la vida de mi mamá.

M.—¿La salvó él con alguna medicina?

I.—No. La salvó con sus buenos servicios, con su valentía. Era un peón de casa, y no bien supo que á la patrona le había dado un mal grave, se ofreció espontáneamente á ir á buscar el médico al pueblo, con una noche que imponía.

M.—¿Estaba fiero la noche?

I.—Sí; caía agua á torrentes, y un viento de ciclón pasaba por la pampa, silbando como un monstruo. Daba miedo asomarse á las ventanas.

M.—¿Y él se fué á buscar el médico, así y todo?

I.—Verás. Apenas le dijo papá que si se atrevía á ir en busca del médico, salió como un relámpago, preparó su bello alazán en un minuto y, rápido, ágil, como el viento, le vimos desaparecer en medio de la inmensa oscuridad de aquella noche, que parecía noche de brujas y duendes.

ESCENA II

Se acercan José, Santiago y Daniel, y escuchan en círculo, muy seriamente.

M.—(A ellos). Vais á escuchar las hazañas de un gaucho. Cuéntanos, Isidoro, cuéntanos.

J.—¿A ver, á ver? (*Se dispone á escuchar*).

D.—Nunca serán más que cuentos.

S.—Así me parece á mí. A veces, Isidoro (*En son de burla*) hace ó quiere hacer tragar cada una... como ruedas de molino.

I.—Ya vienes tú, con tus bromas de siempre. Es menester que te convenzas, Santiago, que yo nunca miento, y que lo que digo, y cuanto digo es verdad. (*Lanchita se acerca humildemente al grupo, y se coloca al lado de Santiago*).

S.—(*Echándole á un empujón*). Vete de aquí, ¡jetta, jettatore! ¡Anda con los tuyos!

L.—(*Parándose á distancia serenamente*). ¿Por qué me empujas

I.—¡Pobre Lanchita! (*Los demás se sonrien*).

M.—Bueno; déjate de bromas, Santiago. Continúa, Isidoro.

S.—Vamos, entonces. Continúa...

I.—Continúo con la condición estricta de que no me desmientas. Ten por seguro que

estoy contando una cosa real, que ha sucedido, y yo la he visto por mis propios ojos.

D.—Sí, Isidoro, sí.

J.—No le hagas caso á Santiago. Ya sabes cómo es.

I.—Bien. Cuando papá y yo hemos visto desaparecer á aquel hombre, alzado enérgicamente sobre el caballo, en medio de las tinieblas inmensas del campo, creímos, con razón, que quizá se perdiese en los infinitos caminos que cruzan la pampa en todas direcciones, y que, ni él, ni el médico, llegasen á tiempo para salvar á mi madre; porque con aquella noche, en que sólo se oían los lejanos ladridos de los perros de las estancias, como voces confusas y extrañas, no sería nada anormal que alguna cosa le ocurriese al pobre gaucho.

M.—¿Y le sucedió alguna cosa?

I.—Sí. Apenas había abandonado la tranquera, y cuando papá y yo escuchábamos, como quien dice, el galopar del caballo, á través del campo, oímos de repente unos gritos de auxilio que decían. «¡ Patrón!... ¡ Patrón!... ¡ El tigre!... ¡ El tigre!... ¡ Patrón!...» Papá corrió en seguida en busca del rifle, y se fué hacia donde partían los gritos. Cuando llegó junto al gaucho...

D.—Ya lo había matado el tigre. ¿No? (*Interrumpiéndole*).

I.—Pasmaos, amigos míos. Cuando llegó papá con el rifle, el gaucho y el tigre rodaban por el suelo, peleándose como dos fieras, y rugiendo los dos de rabia.

J.—¿Peleándose?

I.—Sí; peleándose heroicamente. El gaucho con su poncho blanco, arrollado al brazo, defendía su cuerpo de los zarpazos de la fiera, hasta que consiguió hundirle todo el facón en la garganta al tigre y matarlo.

S.—¿Y lo mató?

I.—Pues claro. Papá no tuvo necesidad de disparar ni siquiera el revólver. Luego, con la misma rapidez se levantó, y siguió su camino al galope, en busca del médico.

M.—¡Qué fiereza de hombre!

D.—¿Y era viejo el gaucho?

I.—Bastante andado en edad. Las canas le cubrían casi toda la barba. Un hombre de cincuenta y cinco á sesenta años.

J.—¡Pues ése sí que era gaucho!

S.—¡De pura raza!

M.—¿Y tu papá no le otorgó ninguna recompensa por su valentía?

I.—Cuando mamá se hubo sanado del todo, sabedora del caso por papá, le entregó mil pesos por su servicio, como un regalo, y papá, dos mil ovejas y unas hectáreas de campo para que él trabajase como propie-

dad suya. Casi todos los días comía con nosotros á la mesa, y papá les contaba á todos sus amigos y estancieros lo que era aquel hombre, que ya, en otra ocasión, le había salvado la vida á papá.

D.—¡Pues vaya un hombre!

S.—Y tú, Lanchita, ¿qué dices á todo esto?

L.—(*Desde su lugar*). Yo no digo nada. (*Tristemente*).

J.—Ven, Lanchita. Acércate.

L.—No; muchas gracias. Los pobres no podemos juntarnos con los ricos. Yo ando vestido de andrajos.

M.—¿Y eso qué tiene que ver? (*Todos miran á Lanchita*).

L.—Tiene que ver mucho. Además, yo no voy adonde me echan y me desprecian. Estoy bien aquí.

S.—¡Ja... ja! Le pareció mal á Lanchita.

I.—Justamente. Lanchita tiene vergüenza y dignidad.

L.—¡Y coraje!... (*Todos se rien*).

S.—¿A ver el pulso, Lancha? (*Se acerca á él*).

L.—(*Se adelanta nervioso*). Aquí está. (*Le enseña el pulso*).

S.—(*Tomádoselo*). ¡Y le late fuerte el corazón! (*Burlonamente*). Lanchita debe ser hijo del gaucho aquél que mató al tigre. ¿No, Lanchita?

L.—¡Soy nieto, y á mucha honra! (*Todos se rien*).

S.—¿De veras, Lanchita?

L.—Isidoro puede decirlo.

I.—Lanchita. Yo no lo sé; no puedo atestiguar eso.

L.—Pues, sí, lo soy. Y ahora mismo voy á demostrárselo.

I.—(*Con alegría*). ¿Cierto, Lanchita?

L.—Cierto, Isidoro, cierto. (*Todos le rodean curiosamente*).

S.—A ver, entonces. (*Con un gesto de desconfianza*).

L.—Aquel gaucho que á tu papá le salvó la vida, llamábase Miguel Ruiz.

I.—(*Lo abraza alegremente*). Cierto, muy cierto, Lanchita.

L.—Bueno. Ese gaucho, mi abuelo, tuvo dos hijas, llamadas Florinda, que es, ó fué, mi madre (q. e. p. d.), y Elvira.

S.—(*A Isidoro*). ¿Y es verdad eso, Isidoro?

I.—¡Y tan verdad! Continúa, Lanchita.

L.—Tú sabrás, Isidoro, que Florinda, mi madre, se vino conmigo á Buenos Aires, en busca de trabajo.

I.—Yo sé que tenía un hijo. ¿Y ese hijo eras vos?

L.—Se lo estoy diciendo, Isidoro. Mi madre, disgustada con mi abuelito, nunca quiso volver á junto él, y aquí ha muerto, dejándome solo en el mundo; y como mi tía no me quiso recoger, mi tía Elvira, ahora

estoy con una amiga de mamá, que me tiene de caridad en su casa.

D.—¡ Pobre Lancha !

I.—(*Como surgiendo de una sorpresa*). Entonces, tú eres el nieto de aquel hombre.

L.—Sin duda alguna.

M.—Te lo ha demostrado, Isidoro.

I.—¿ Y cómo me conocías á mí ?

L.—Porque mi madre (q. e. p. d.), me lo ha dicho cuando te veíamos por la calle.

I.—¡ Lanchita ! ¡ Lanchita ! (*Abrazándolo cariñosamente*). Tú eres mi mejor compañero, mi mejor amigo. Tú vendrás á vivir á mi casa. Yo le diré á mamá quién eres, qué sangre tienes. (*Lo abraza otra vez y lo presenta á los demás*). Este es el nieto de aquel hombre que salvó la vida á mi madre y á mi papá. Este es nuestro amigo querido. (*Lo besa*). ¡ Lanchita, Lanchita !

J.—¡ Viva Lanchita !

TODOS.—¡ Viva, viva ! (*Lo levantan en hombros y lo llevan frente al escudo*).

I.—¡ Viva el nieto del gaucho valiente !

TODOS.—¡ Viva !

L.—¡ Viva nuestra patria, la República Argentina !

TODOS.—¡ Viva, viva ! (*Comienzan á cantar el himno y se van*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.

LAS FLORES BLANCAS

DIÁLOGO

PARA UN NIÑO Y UNA NIÑA,
AMBOS DE 10 Á 13 AÑOS

PERSONAJES: AIDA—ENRIQUE

LAS FLORES BLANCAS

DIÁLOGO INFANTIL, ENTRE UN NIÑO Y UNA NIÑA,
AMBOS DE DIEZ Á TRECE AÑOS DE EDAD. EN PROSA

ESCENA ÚNICA

Representa una salita bien amueblada. A la derecha, en segundo término, una consola y, encima, un ramo de jazmines blancos, algo mustios. En medio de la escena, un velador, con un libro abierto. Enrique, sentado, lee en el libro, abstraídamente. Aida, llegando en puntas de pies por detrás, le cierra los ojos con las manos, cariñosamente, sonriendo inquieta. Son hermanos los dos.

E.—(*Echa las manos atrás, y tantea después los dedos de Aida, como queriendo reconocerla por las manos*). Rosa... Sofía... (*Aida no contesta y sonríe*). Luisita... Elena... Pepe... Bueno ; no vale. Ya acerté, ya acerté. (*Pensando un rato*). ¿No acerté?...

A.—(*Desfigurando la voz*). ¡No... aún no!

E.—¡Hola, hola! Ahora, sí que acierto... ¡Aida! ¡Aida!

A.—(*Dejando caer las manos*). Es claro. ¡Vaya una gracia! Me conociste por la voz.

De ese modo cualquiera acierta.

E.—No es cierto. Te conocí por las manos. ¿Y sabes por qué te conocí? ¿A que no sabes?... (*La toma de las dos manos atrayéndola hacia él*).

A.—Porque las tengo delgadas.

E.—No.

A.—Porque son chiquitas.

E.—Tampoco. (*Riendo*). ¿Ves cómo también no aciertas? ¡Ja, ja!

A.—¿Porque están frías?

E.—¿Sabes por qué?

A.—A ver; dímelo, entonces.

E.—Por el anillo, por este anillo que yo te regalé.

A.—¡Ah! Es verdad. (*Se sienta junto á él*). Las cosas que fueron propias, se conocen siempre.

E.—¡Si supieras lo que estoy leyendo, Aida!...

A.—(*Fijándose en el libro abierto*). ¿Versos? ¿Son lindos?

E.—Lindísimos. ¿Quieres que te lea algunos?

A.—¿Cuál?

E.—Mira: éstos. «Las flores blancas».

A.—¿Son muy lindos? ¿Muy lindos?

E.—Escucha. (*Enrique lee con bella entonación y delicado ademán, como sintiendo el sentimiento de la poesía*).

LAS FLORES BLANCAS

Gentil la primavera,
los campos embellece,
con lirios y jazmines
que en su regazo echó.
Y pasa coronada
de mirtos y laureles,
prendida entre sus labios
la flor de Jericó.

Derrama á manos llenas
la vida y la hermosura ;
enciende de los cielos
el mágico fulgor.
Hace cantar las aves
de dicha en la espesura,
siempre en sus labios, fresca
la flor de Jericó.

En los sonrientes prados
detiénese y escucha
la espléndida sonata
que canta un ruiseñor.
Es una serenata
de amor y de ventura,

que hace temblar de gozo
la flor de Jericó.

Y es esta flor hermosa
la rosa pura y blanca,
con que la Virgen Santa
su hijo coronó.
La blanca flor hermosa,
cuya belleza encanta,
la flor más peregrina,
la flor de Jericó.

¡ Oh, hermosas flores blancas
de delicadas hojas,
de pétalos suaves
de místico candor !
Sois flores celestiales,
porque sois tan hermosas,
sencillas, tiernas, como
la flor de Jericó.

Es vuestro sacro emblema
la más gentil pureza,
tenéis la poesía
del puro y santo amor.
Por eso de los niños

sois bellas compañeras,
cual de la primavera
la flor de Jericó.

Amadlas, tiernos niños,
gentiles y amorosos,
amadlas, inocentes,
con todo el corazón,
No deshojéis sus broches,
brillantes y armoniosos,
¡ que son las flores blancas
la flor de Jericó !

A.—¡ Qué lindos ! ¡ qué lindos !

E.—¿ No es verdad ? Son unos versos muy lindos, muy hermosos.

A.—¡ Dan ganas de llorar ! (*A Enrique*). Mira : si te veo arrancar en el jardín una flor blanca, no sé lo que te haría, Enrique.
¡ Ay !...

E.—Pues yo si te encuentro á ti, tocándolas siquiera...

A.—Yo nunca arranco una flor, nunca, porque me parece que cuando la separo de la planta, la pobrecita llora. ¡ Son tan lindas las flores !

E.—Pues mira cómo te agarré ahora en una.

A.—¿ A mí ? ¿ Qué es, á ver ?

E.—(*Se levanta, y tomando á Aida de la mano,*

- la lleva hacia el ramo de flores de la consola). Dime, mentirosa...
- A.—¡ No me llames mentirosa !
- E.—Bueno, embustera.
- A.—¡ Ay, Enrique ! No seas así, no me llames eso.
- E.—Bueno, entonces, cuentera.
- A.—¡ Jesús ! Suéltame, suéltame. (*Llorosa*).
¡ Mamá, mamá !
- E.—Bueno, bueno. Ya no te llamo más. (*Ap.*).
Porque ya le llamé todo.
- A.—¡ Qué es !
- E.—Dime tú. ¿ Quién arrancó estas flores ?
¿ Eh ?
- A.—¡ He sido yo ! (*Con tristeza*).
- E.—¿ Y tú eras la que nunca arrancaste una flor blanca ?
- A.—Porque no sabía antes lo que eran. No entendía su significado. Además, me lo mandó papá, porque decía que había muchas flores blancas en el jardín.
- E.—Míralas cómo están. Están mustias, apagadas. No tienen brillo en sus hojas. Parece que están moribundas.
- A.—¡ Pobrecitas flores blancas ! (*Las acaricia con la mano*).
- E.—Parece que sangran.
- A.—¿ Tendrán alma como nosotros ?
- E.—Tienen alma y tienen corazón.
- A.—¿ Y dónde tienen el alma ?
- E.—La tienen entre sus hojas.

A.—¿Y por qué no hablan y no piensan, entonces?

E.—Porque nacieron mudas y hablan por señas.

A.—¿Y cómo hablan por señas?

E.—Mira. (*Toma el ramo de flores y lo lleva, colocándolo sobre el velador*). Cuando una persona está acabando de vivir, cuando está en el último suspiro, ó sea en la agonia, no habla, ni entiende, ni ve, ni oye, y, sin embargo, se sabe que se va á morir, ¿no es verdad?

A.—Sí.

E.—¿Y cómo se sabe? ¿En qué se conoce?

A.—En que se va quedando pálido, pálido, y con unas ojeras hondas, y con las manos amarillas y estiradas, y la cabeza inclinada á un lado, como si estuviese destroncado.

E.—Ni más, ni menos. Pues bien, Aida. ¿No te están diciendo lo mismo estas flores blancas? ¿No las ves?

A.—(*Mirándolas fijamente, con tristeza*). ¡Es verdad!

E.—Mira. Las orillas están también amarillentas, las hojas van secándose y perdiendo el brillo y la blancura; están caídas á un lado, y, en el medio, ya tienen huecos grandes, como si fuesen ojeras. Estas flores, también se están muriendo. Y tú fuiste la que las mataste.

- A.—No me hables así, Enrique. ¡Qué muchacho!
- E.—Te hablo así, porque te digo la verdad. Y la verdad es tan linda como las flores blancas.
- A.—No; no. Yo no las maté. Papá me mandó recogerlas, y yo tengo que obedecer á papá. ¡No faltaría más!
- E.—Yo no te digo que no obedezcas á papá. Lo que te hago ver, es que vos, al arrancarlas de la planta, les arrancaste la vida, y tú, por tanto, tienes la culpa de que se mueran estas flores blancas. (*Las lleva otra vez*).
- A.—Mira, Enrique; no te diviertas. Yo no tengo la culpa. (*Váse junto á las flores, y las observa*).
- E.—(*Se acerca á Aida, observándola*). Cuando te confieses y hagas la primera comunión, ya tienes qué contar. Tan pebetita, y ya con un pecado tan grande sobre su alma.
- A.—¿Ya empiezas? Yo no maté las flores, no; no las maté.
- E.—No; matar, no; pero las dejaste sin vida. ¿No las ves?
- A.—Tampoco.
- E.—¿Y por qué están mustias, entonces?
- A.—Porque son ellas así. Cuando están en la planta, están lindas y frescas y derechas. Pero, cuando las quitan de la planta, se ponen así. Son como nosotros, que cuan-

do somos chicos tenemos muchas ganas de jugar y estamos rosados, y cuando llegamos á grandes, todos nos ponemos amarillos y encorvados.

E.—¡Ajá!

A.—Y es claro. ¿Para qué hizo Dios las flores?

E.—Para adornar la Naturaleza.

A.—¿Y para qué hizo la Naturaleza?

E.—Para que viviésemos nosotros.

A.—Bueno. Entonces nosotros tenemos que adornarnos con la Naturaleza, y las flores son de la Naturaleza.

E.—Pero Dios las crió para que las viésemos, y no para que las arrancásemos. ¿No te dice así tu maestro?

A.—¿Y entonces por qué van todos con flores?

E.—¿Y á ti qué te importa?

A.—Bueno, pues yo no tengo la culpa de que se mueran estas flores blancas. Se mueren ellas.

E.—No tienes corazón. ¡Tan lindas como son las flores blancas!

A.—Desde hoy, no quitaré una sola flor más. Cuando se caigan de la planta, las recogeré y las guardaré para conservarlas. ¿Te gusta así?

E.—Así. ¿Quieres que leamos otra vez los versos?

A.—Sí; léemelos. Son tan lindos, tan tristes, tan...

(Enrique comienza á leer y en seguida

Aida se apresura á pedirle el libro, nerviosamente).

A.—Déjamelos leer á mí.

E.—No ; escucha. Después los lees tú.

A.—No, Enrique. Déjame que los lea ahora yo. Anda, no seas malo.

E.—Bueno, entonces. Lee tú ; pero lee bien, ¿eh? (*Aida lee con delicado énfasis y sentimiento, la misma poesia, mientras Enrique baja la cabeza tristemente).*

Gentil la primavera,
los campos embellece,
con lirios y jazmines
que en su regazo echó.
Etc.

(Cuando hubo concluido, se dirige al ramo de flores y las besa, conmovida).

A.—¡ Pobrecitas flores ! (*Quita una, y la coloca en el pecho, mirándola lastimosamente).* ¡ Esta, ya está muerta ! ¡ Pobrecita !

E.—(*Leyendo en silencio).* Muertas están todas.

A.—Bueno ; pero no me digas que yo tengo la culpa, ¿eh?

E.—No te lo digo si me das palabra de que no has de arrancar más flores blancas.

A.—No ; no arranco más. Cuando papá me diga que quite alguna, mandaré á la mu-

chacha, y yo la espiaré por el balcón, ¿eh?

E.—Pues, ¡mira la ocurrencia! ¿Qué más da que las arranques tú, como que las arranque la muchacha? El caso es no arrancarlas, no hacerlas sufrir. Y todavía irás á espiar por el balcón. Es decir que te gusta verlas arrancar.

A.—¡Ay! ¡Enrique, cómo eres! Pero, si me manda papá, ¿voy á desobedecerlo?

E.—No tienes por qué desobedecerlo.

A.—¿Y entonces?

E.—Pues haces de este modo. Cuando papá te mande eso, le dices que las flores te dan mucha pena arrancarlas, que las flores lloran, y que tú te entristeces mucho cuando separas una del rosal. Le pides que no te mande , y verás que no te mandará.

A.—¿Y las otras flores tampoco se pueden arrancar, Enrique?

E. Tampoco.

A.—¿Y por qué?

E.—Porque tienen su vida, y hacen falta, además.

A.—¿Y á quién hacen falta?

E.—A los animalitos.

A.—Pero, ¿para qué les hacen falta á los animalitos? Explícame.

E.—(*Poniéndose en pie*). Pareces tonta. No sé lo que aprendes tú en la escuela. Las flores hacen tanta falta en los jardines y en

los campos, como nosotros en casa y en las ciudades.

A.—Pero, ¿y por qué? (*Suplicante*). Explícame, Enrique.

E.—Mira. Los pajaritos forman nido en la primavera, ¿no es verdad?

A.—Sí; en la primavera. (*Repitiendo gozosa*). Gentil la primavera, los campos embelece...

E.—(*Interrumpiéndola*). Escucha, si quieres.

A.—Bueno, sí; en la primavera.

E.—Pues bien. La primavera es la estación de las flores, y ellos, los pajaritos, sin esas flores, no podrían formar nido porque estarían tristes. El jilguero hace su nido en los árboles, cuando las flores los emblecen; el ruiseñor, en medio de los bosques, cuando están floridos; la torcaza, en las matas de flores; el colibrí, en los ñandutys y entre el azahar de los naranjos. Sin flores, no vivirían las mariposas, ni tendrían esos colores tan lindos, no tendríamos miel ni cera, porque no existirían abejas; los campos, sin flores, parecerían arenales; no habría jardines ni paseos. En fin, que nos moriríamos de pena, no viendo flores. ¿Entiendes ahora?

A.—¿Y quién te dijo eso? ¿Es cierto eso, Enrique?

E.—Es claro que es cierto.

A.—¡Ay! Pues cuando papá me diga... Mira,

Enrique, lee, lee otra vez. (*Se acerca á él, y comienzan á leer en alto los dos á un tiempo*).

Gentil la primavera,
los campos embellece,
Etc.

TELÓN

Buenos Aires, abril 1909.



LAS MUÑECAS

DIÁLOGOS

ESTANCIA CÓMICA - LÍRICA - SERIA,
PARA NIÑAS DE 6 Á 12 AÑOS

PERSONAJES

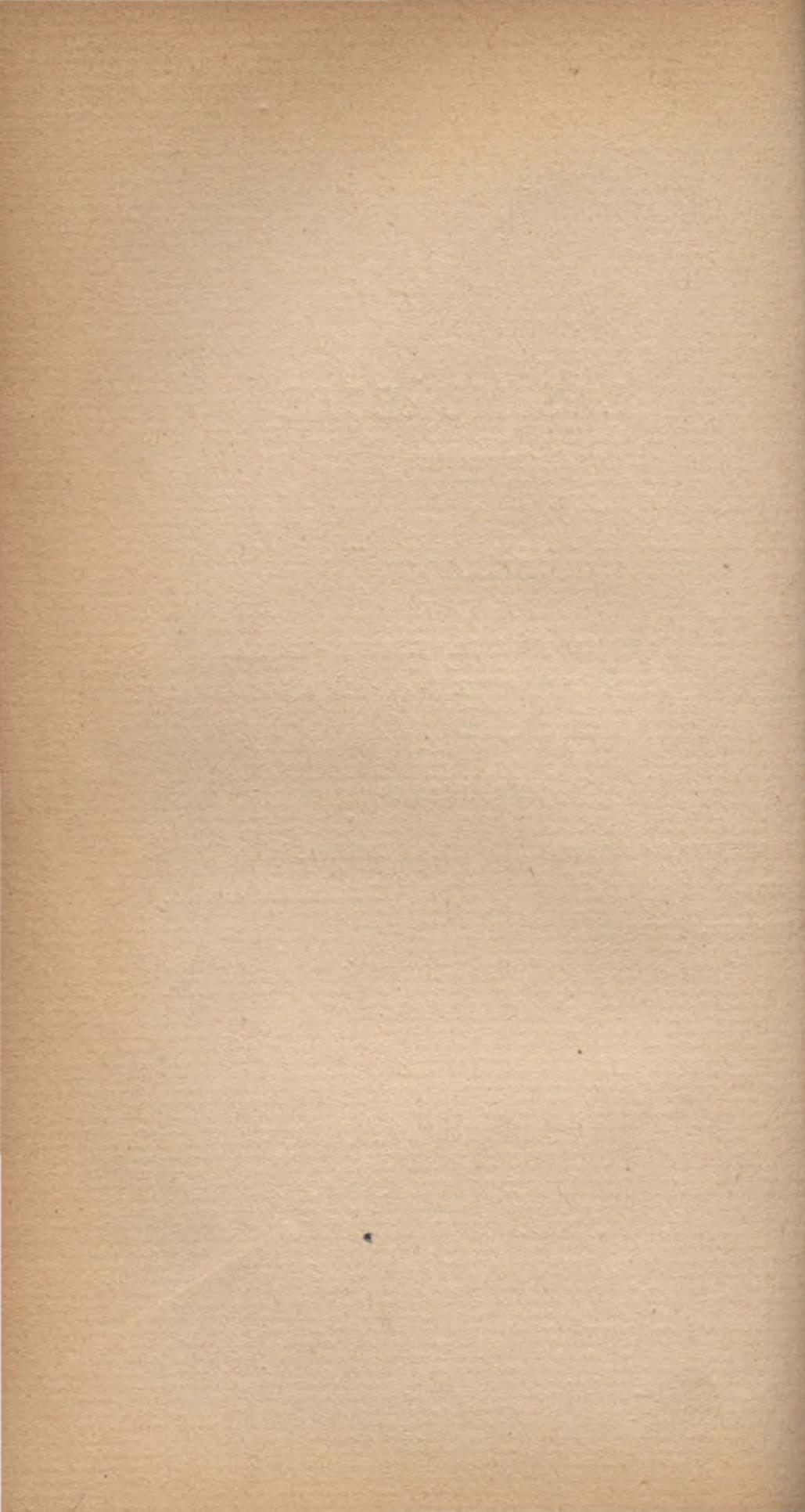
MARGARITA (la mayor).

SOFÍA.

OBDULIA.

MARTA.

LUISITA (la menor).



TODAS.—Es verdad, sí. Vamos á hacerlas dormir. (*Las aprietan amorosamente contra el pecho, y cantan á coro*).

CANTO

¡ Arroró, mi nene,
 arroró, mi sol.
 Arroró, querida
 de mi corazón!

MARG.—(*Cantando sola*).

Un ángel del Cielo,
 mandado por Dios,
 velará tu sueño,
 prenda de mi amor.

TODAS.—(*A coro*).

Arroró, mi nena,
 arroró, mi sol.
 Etc.

MART.— A tu cabecera,
 blanco querubín,
 con sus alas cubre
 tu sueño feliz.

CORO.— Arroró, mi nene,
 arroró, mi sol.
 Etc.

S.— Mi corazón late,
 hija, por tu bien.
 Yo te velo en sueños,
 y un ángel también.

CORO.— Arroró, mi nene,
arroró, mi sol.

Etc.

O.— Duérmete, hija mía,
al son del cantar
que, al pie de tu cuna,
yo te he de velar.

CORO.— Arroró, mi nene,
Arroró, mi sol.

Etc.

L.— Guardo yo en el fondo
de mi corazón
para ti, tan sólo,
mi profundo amor.

CORO.— Arroró, mi nene,
arroró, mi sol.

Etc.

MARG.—(*Hablado*). Todas le hemos dicho á
nuestras muñecas un cantar lindo ; pero,
ahora, será necesario que sepamos cuál es
la más bonita.

MART.— Tendremos que abrir un concurso de
belleza infantil.

L.—¿Y quién va á ser el jurado?

S.—Ese es el inconveniente.

O.—El jurado pueden ser nuestros papás.

MARG.—Justamente. Que nos digan ellos cuál
es la que merece el premio, por ser la más
linda.

L.—Pues, eso, podíamos también hacerlo nosotras, no siendo apasionadas.

MART.—Sí, pero todas vamos á querer que sea la nuestra la más bonita.

S.—Pues, claro. Por lo de pronto, la mía tiene que llevar el segundo premio cuando menos. (*Se rien todas*).

O.—Y la mía, el primero. (*Se rien otra vez más fuerte*).

MARG.—¿Y cómo hacemos, entonces?

L.—Echamos la suerte de los papelitos, á ver á quién le toca el premio.

MART.—De esa manera, no sabremos cuál es la más bonita, porque puede corresponder la suerte á la más fea.

O.—Pues, claro. Así no, no.

S.—Mira si no le toca el premio á la mía, que es la más linda. Así no quiero.

MARG.—Bueno. Entones vamos á hacer otra cosa mejor.

MART.—¿Cuál?

MARG.—Cada una de nosotras tiene que salir al medio de la sala, y la que diga de su muñeca cosas más lindas, pensamientos más bellos, ésa será la que se lleve el premio. ¿Queréis así?

TODAS.—Bueno, así, así.

L.—¿Y quién va á salir primero?

MARG.—Tú misma.

L.—¡Ah! Yo no. Que salga otra, primero.

MARG.—Si comenzamos así, no vamos á concluir nunca.

S.—Margarita es la mayor de todas nosotras, y lo que ella diga tenemos que hacerlo. (*A Luisita*). Tienes que obedecer, Luisita.

L.—Sí; pero yo no sé lo que voy á decir. Soy la más chica de todas, y tenéis que darme tiempo para pensar un poco.

O.—En eso tiene razón. Es la más chica.

MARG.—Bien. Entonces que sea la primera Marta.

MART.—¿Yo?... ¿Y qué tengo que decir? (*Levantándose*).

MARG.—Tienes que decir que tu muñeca es la más bonita, porque tiene tales y cuales cualidades y bellezas. Y otras cosas más que se te ocurran.

O.—Y que sean ciertas.

MART.—Bueno. Entonces saldré yo. (*Se dirige al medio de la sala, mientras todas permanecen sentadas, y levantando la muñeca en alto, dice muy discretamente lo siguiente:*) Amiguitas queridas: Es tanto el cariño que le profeso á mi muñeca, que no tengo palabras suficientes para deciros cuán bonita es. Acostumbrada á mimarla y besarla todos los días, ya no encuentro en ella aquella hermosura y belleza en su rostro, ni aquella bondad en su semblante, que, en un principio, ad-

miraba á todas horas en ella. Sin embargo, la quiero tanto, que casi me sería imposible vivir tranquilamente, sin verla.

Mi muñeca, no sólo es bonita y buena, sino que en ella hay cualidades que la hacen digna de que se la quiera. Es modesta y sencilla, y por más que sus vestidos no son de un gran lujo, ni de un gran aparato, los lleva tan bién, con tanta elegancia, que parece un figurín recién creado, un último modelo del vestir con distinción.

Por estos méritos, creo, pues, que ella es digna de que se la premie, y se la considere como digna y hermosa entre todas las presentes. (*Todas aplauden, y Marta se dirige á su asiento, agradeciendo con la cabeza los aplausos*).

MARG.—Muy bien. Ahora debe salir Sofía.

S.—(*Se levanta, y se dirige del mismo modo al medio de la sala*). Amigas mías: Cuanto más miro á mi muñeca, más linda y preciosa me parece. Tiene unos ojos negros, profundamente negros, como dos grandes endrinas, y le brillan tanto que, á la luz del sol, semejan dos mundos oscuros, ocultos en el fondo de las órbitas. Sus labios parecen dos aristas de corales de Alejandría, y todas sus perfecciones tienen tal atractivo y encanto, que no dudo un momento en creer que, en su cons-

trucción, han tenido alguna participación los ángeles.

Mis papás la han encargado á París el año pasado, y como París es, según cuentan, la ciudad de la hermosura, de la alegría y del ingenio, mi muñeca, tiene ineludiblemente que ser también hermosa, alegre é ingeniosa ; tiene que gozar igualmente de estas tres bellas cualidades, que, en mi modesto entender, constituyen un alto mérito para que se la considere digna de ser premiada. He dicho. (*Todas aplauden, y Sofía se dirige á su asiento, agradeciendo*).

MARG.—Bien. Ahora le corresponde salir á Obdulia.

O.—(*En medio de la sala*). Amigas mías queridas : Todas vosotras encontráis en vuestras muñecas tales virtudes y bellezas que, si en este concurso original, se hubiesen establecido varios premios, seguramente resultarían agraciadas con ellos vuestras muñecas.

Yo, en cambio, no hallo en la mía, más que un sólo mérito, una sola belleza que comprende, sin embargo, muchas cualidades estimables, si bien se la examina. Mi muñeca tiene su principal y única hermosura en sus ojos. Son azules, de un bello azul de Turquía, y brillan y subyugan con tal intensidad que parecen cierta-

mente hablar de cosas lejanas, de países y leyendas misteriosas, que no conocemos. Revelan estos ojos (*mirando los de la muñeca*) una grandeza y bondad é inocencia de alma tan grandes, que tampoco dudaría de compararla al alma de los serafines. Y como la belleza del alma vale infinitamente más que la belleza del cuerpo, mi muñeca es también muy digna de que se la premie. He dicho. (*Todas aplauden y la felicitan*).

MARG.—Ahora, me corresponde á mí, pues, Luisita, en virtud de ser la menor, hay que darla tiempo para que piense su pequeño discurso.

L.—Claramente. Tengo que pensarlo, y aún, así y todo, veremos cómo salgo de la prueba. No encuentro palabras.

MART.—Habitúate á pensar. Discurre.

MARG.—(*Dirigese al mismo sitio de las demás*). Amigas del alma : Como muy acertadamente acaba de decir Obdulia, la cara es el espejo del alma, y, siendo esto verdad, mi muñeca tiene tal sublimidad y hermosura en la expresión de su semblante que será forzoso incluirla en el número de las que, por su moralidad y belleza, merecen ser premiadas.

Son sus mejillas, frescas y encarnadas, como dos grandes rosas de primavera ; anida en su boca, breve y entreabierta, tal

gracia y sencillez que parece hablarme en un dulce lenguaje de la hermosura de los paraísos del cielo; su frente es blanca y tersa como un bello pedazo de luna; sus ojos, tan vivos y expresivos, como dos rayos de sol, y, en su conjunto, refleja mi muñeca tanta espiritualidad y modestia, que me hacen quererla como una hijita querida.

Por lo tanto, creo que es doblemente digna y merecedora de que se la premie, puesto que une á su belleza física, la belleza moral de su alma. He dicho.

S.—Muy bien, Margarita. (*Todas aplauden*).

MARG.—Ahora tú, Luisita. (*Luisita, muy modestamente, se dirige á en medio, y parece titubear, en un principio. Luego, con bella entonación, dice discreta y sencillamente*): Mis buenas y queridas amiguitas: Después de haber escuchado todo cuanto habéis dicho de vuestras muñecas, es tan poco lo que me queda á mí por decir, que casi estoy segura de que no merecerá la atención vuestra.

Mi muñeca no es blanca ni rosada ni ha venido de París, ni de Roma. Mi muñeca es un tipo morocho, con unos ojos oscuros y profundos, como la noche, y con una expresión y viveza en su semblante, que, aun durmiendo, parece hablarme. Mi papá la encargó hace poco á Cata-

marca, y es bella y hermosa mi muñeca, porque, además de sus cualidades físicas y morales, es argentina, catamarqueña, es de nuestra hermosa y querida patria, de nuestra amorosa tierra, á la que también nosotras pertenecemos. Y por esto creo, mis buenas amigas, que ella es digna de que sea propuesta para un premio. He dicho. (*Todas aplauden y felicitan con efusión á Luisita, la que corre á sentarse á su asiento, como avergonzada*).

MARG.—Todas hemos cumplido perfectamente nuestro cometido, y, en el momento de discernir el premio, me encuentro perpleja por no saber á quién concederlo.

S.—A mi conciencia, Margarita, el premio le correspondería á Luisita.

MART.—Yo también, así lo creo.

O.—Ciertamente. Luisita es la que lo merece.

MARG.—Eso mismo creía yo. Pero ya que todas estáis conformes y convencidas de ello, me excuso de explicaros el por qué. La muñeca de Luisita, además de ser hermosa como todas veis, tiene la gran virtud de ser argentina, y basta esto para que se la premie. (*A Luisita*). Recibe, pues, querida amiga nuestra, el premio concedido á tu muñeca. (*Luisita se pone en pie*) y consévalo como una ofrenda justa de belleza, que todas te dedicamos.

L.—Muchas gracias, muchas gracias.

O.—¡ Viva la muñeca de Luisita !

TODAS.—¡ Viva !

MARG.—Ahora, ya es hora de que las hagamos dormir.

S.—Sí. Yo también tengo sueño.

O.—Ya es tarde. Hagámoslas dormir.

MARG.—(*Se levanta*).

Un ángel del Cielo,
mandado por Dios,
velará tu sueño,
ángel de mi amor.

TODAS.— Arroró, mi nena,
arroró, mi sol,
arroró, querida
de mi corazón.

(*Se van todas, cantando lentamente, yendo delante Margarita*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



ALMAS HERMANAS

DIÁLOGO

PARA NIÑOS VARONES, DE 10 A 12 AÑOS

PERSONAJES: CARLOS (10 años)—SEVERO (12 id.)

ALMAS HERMANAS

ESCENA ÚNICA

Una habitación, sencillamente amueblada. En la pared, un cuadro, con una bandera argentina, que caerá encima, á manera de dosel, y, más abajo, un mapa de la R. Argentina. Carlos y Severo, están frente al mapa, como estudiando ó consultando alguna cuestión geográfica.

C.—(*Señalando con el dedo en el mapa*). Hasta aquí, el Océano Atlántico, después, ya comienza el mar Pacífico, que es también muy inmenso.

S.—Llega hasta el Japón.

C.—Y por el Norte hasta... (*buscando en el mapa el término del mar*).

S.—Bueno; pero la R. Argentina no está bañada por el Pacífico, porque, al Norte, no tiene costas.

C.—En ese caso, tampoco el Atlántico la baña.

S.—El Atlántico, por el Sur y el Oeste, únicamente.

C.—Entonces Colón no pudo nunca descubrir las Américas, siguiendo la ruta del Pacífico.

S.—Pudo descubrirlas igualmente, pero antes

tendría que dar un inmenso rodeo, pasar por las Indias orientales; dar la vuelta al cabo de Buena Esperanza, y llegar por la América del Norte, primero.

C.—¿Cómo no lo haría?

S.—Pues, hombre; no lo ha hecho, por la sencilla razón de que el trayecto era más corto.

C.—¡Qué gran beneficio debemos á Colón!

S.—¡Y á España!

C.—Siempre tú arguyes lo mismo. España, tu España, te vuelve loco.

S.—Dime una cosa, Carlos.

C.—¡Qué quieres! (*Con seriedad*).

S.—¿Tú no quieres á España?

C.—Yo quiero á mi patria, y mi patria es la República Argentina.

S.—Pues mira qué argumentos y qué contestaciones tienes. Eso ya se sabe.

C.—Pues entonces, no me lo preguntes.

S.—La R. Argentina también es mi patria, y, sin embargo, yo no dejo nunca de querer á España.

C.—¿Y por qué la quieres tanto? ¿No sería mejor que quisieses mucho más á nuestra tierra, que dividir tu cariño en dos?

S.—Sería un ingrato, como eres tú, en este caso.

C.—No veo yo el motivo de mi ingratitud. (*Con cierto desdén*).

S.—Sí, amigo Carlos, es una ingratitud. Es un

deber nuestro respetar á España; porque, ella, es la madre patria, y hay que quererla en tal sentido.

C.—Déjate de madre patria. Esos parecen cuentos.

S.—¿Cuentos? Carlos, parece mentira que digas tales cosas, y que desconozcas eso.

C.—No las desconozco, amigo Severo. Lo que hay, es que tú, sin dejar por eso de ser argentino, eres demasiado español.

S.—No hay tal cosa. Sólo profeso á España un cariño justo, y nada más.

C.—Nada, nada, Severo. Como tus padres son españoles, tú has arraigado en tu corazón un ferviente españolismo...

S.—Es cierto. Mis padres son españoles; yo he viajado por España, tengo, como tú, sangre española, y, por eso mismo, soy profundo amante de mi patria, la República Argentina, y gran admirador de España. ¿Hay inconveniente en ello?

C.—(*Con cierta indulgencia*). Espero que no te has de enojar por eso, querido amigo Severo.

S.—No, Carlos; no voy á enojarme, pero desearía con toda mi alma que tú quisieras también á España como la quiero yo.

C.—Pues, entonces dime por qué tú la quieres tanto. A ver si de ese modo consigo yo también quererla.

S.—¿Con franqueza?...

C.—¡ Con franqueza !...

S.—Pues, con franqueza, te diré que yo la quiero mucho á España, porque España es un país al que hay que querer necesariamente, conociéndole un poco.

C.—¿ Y tú conoces á España ?

S.—No hace aún un año que regresé de ella con mis padres, y si bien soy chico, y no puedo apreciar perfectamente por mí lo que es, suple, sin embargo, esta falta lo que sobre ella me enseña mi papá.

C.—¿ Y tu papá te enseña á querer á España ?

S.—Me enseña á respetar su nombre.

C.—¡ Y dime ! ¿ Te enseña á querer tu patria, á la República Argentina ?

S.—No sólo me enseña á quererla, sino á adorarla.

C.—¡ Ah !

S.—Mira, Carlos. Es menester que comprendamos de una vez que, España, no ha sido con nosotros tan mala madre como creemos. Ella nos dió su lengua dulce, nos dió su religión, nos dió su ingenio, su temperamento, su carácter, sus virtudes, y todo, en fin, cuanto de heroico y sublime tiene ese gran pueblo español. Ella, si bien es verdad que entró en estos países con las armas conquistadoras, no hemos de extrañarnos por eso. La historia de nuestra patria nos dice que, aquí, no existían sino salvajes, al ser descubrier-

tas las Américas, y tú comprendes que, nosotros mismos, hoy, no podemos entrar en el Chaco, á no ser con las armas. España envió aquí sus floridas juventudes, á colonizar, á civilizar, á morir, y, después, cuando nosotros hemos llegado á una edad en que ya podíamos vivir solos, nos dejó que viviésemos. Yo siento orgullo grande en llevar en mis venas sangre española; en pertenecer á esa raza, porque es la raza del heroísmo y de la bondad. España conquistó el mundo; fué dueña de toda la tierra, derrochó sus hombres y sus energías en civilizar y dominar países, y es injusto é ingrato que no la respetemos. El pueblo español es el pueblo de la alegría, de la bondad, del ingenio y del arte. Aquel país es un país de sol hermoso, y de gentes buenas y honradas. No hay país en el mundo que pueda comparársele.

C.—Eso lo dicen muchos. Dicen que es un país hermosísimo y sentimental.

S.—Sobre todo, sentimental. Yo lo puedo atestiguar por lo que he visto.

C.—¿Qué has visto?

S.—Cuando mi padre llegó á visitar á sus padres, mis abuelitos, ¡no quiero recordarme la escena que presencié! ¡Si vieras á aquellos dos ancianos abrazados, llevando á mi papá; si vieras cómo me besaban y

me acariciaban á mí y á mamá! ¡ parecían volverse locos de júbilo!

C.—¡ Haría mucho tiempo que no los visitaba!

S.—¡ Cinco años!

C.—¿ Nada más?

S.—Nada más. A mí, ya me habían visto cuando tenía cuatro años. Pero, cuando volvieron á conocerme, ya vestido como un hombre, con mi bastoncito y mis pantalones largos, se entusiasmaron de tal modo, que me hacían perder el juicio.

C.—¿ Qué te hacían?

S.—¡ Qué se yo! Su mayor gusto y afán era levantarme en brazos, entre los dos, y hacerme mirar los prados, y los montes y los sembrados; llevarme por la huerta á oír cantar los mirlos y los ruiseñores, y á comer ricas frutas. Y luego me decían: ¿ Te gusta? ¿ Te gusta? ¡ Ah! ¡ qué abuelitos tan buenos y cariñosos!

C.—Por ti, seguramente te quedarías en España.

S.—No me quedaría, porque no es mi patria.

C.—A mí ya me han entrado ganas de visitar esa tierra.

S.—Si la visitas tú, sí, te quedas allí.

C.—¡ Creo que no!

S.—Cuando conozcas el cariño que se profesa allí á los argentinos; las atenciones que todos tienen y guardan hacia ellos, dan ganas de quedarse.

C.—Pero, en verdad, ¿se nos quiere?

S.—Te digo y te juro que se nos quiere, y se nos aprecia en sumo grado; que no saben lo que hacer con nosotros, y hasta creo que, si alguno llegase á insultarnos, nos defenderían como leones que son. Los españoles son grandes, son nobles y son valientes.

C.—¿Como Don Quijote?

S.—Justamente. Si has leído ese libro, ahí está el español retratado.

C.—Pero, dime, Severo: ¿Con todos los argentinos hacen lo mismo?

S.—Con todos. Mira. Cuando llega un argentino á algún pueblo de España, y se enteran las gentes que es de aquí, se juntan todos los mozos del pueblo con instrumentos, forman una rondalla, y, de noche, á las altas horas, se colocan silenciosamente bajo la ventana, y comienzan una serenata que dan ganas de bailar. Aquellos instrumentos suenan, en la serenidad y placidez de la noche, con tanta dulzura, que parece una música de ángeles.

C.—¿Y qué tocan?

S.—Cuando nosotros fuimos, nos tocaron vidalitas y jotas.

C.—¿Vidalitas?

S.—Sí, vidalitas. ¡Y si vieras qué bien las tocaban y cantaban!

C.—Pero, ¿en verdad?...

S.—Ya sabes, amigo Carlos, que yo no miento nunca ; no me gusta mentir.

C.—¿Y después?

S.—Luego, se retiran, dando vivas á la República Argentina, y al obsequiado, y, al otro día, preparan en su honor otras fiestas y serenatas, y, así, siempre.

C.—Pues mira, tú. ¡ Yo creí que se nos odiaba !

S.—¿Odiarnos? ¿Y por qué creías eso?

C.—¡ Como nos hicimos independientes !

S.—Esos son prejuicios que ya pasaron á la historia, como hechos muy lógicos. Nadie se acuerda ya de eso. Por lo demás, en España se siente orgullo, se siente alegría, se siente entusiasmo, cuando algún hecho viene á demostrar la grandeza y prosperidad de nuestra querida patria, la República Argentina.

C.—¿Cierto? (*Se pone nervioso*).

S.—¡ Ciertísimo, Carlos !

C.—Entonces, nosotros sintámonos, también, orgullosos de pertenecer á esa raza de héroes y nobles ; de llevar en nuestras venas sangre de Don Quijote.

S.—Sintámonos. (*Se abrazan los dos*). ¡ Viva la República Argentina !

C.—¡ Viva España !

FIN

Buenos Aires, abril 1909.

AMOR DE MADRE

COMEDIA

SERIA-AMOROSA, PARA NIÑOS Y NIÑAS
DE 11 Á 13 AÑOS

PERSONAJES: ROBERTO—JOSUÉ—MAGDALENA

AMOR DE MADRE

ESCENA ÚNICA

Roberto y Josué aparecen sentados, el uno enfrente del otro, sin mirarse, como enojados. En un ángulo de la sala, Magdalena está co-siendo muy entretenida.

J.—Siempre quieres salir con tus caprichos, y, un día, voy á decirle á mamá lo que haces, y así se te acabarán las ganas de hacer majaderías.

R.—¡Pues vaya un papaíto que me ha salido ahora á mí! ¿Piensas, acaso, dominarme tú á mí, siendo más joven?

J.—Yo no pienso dominarte á ti, ni á nadie; pero tampoco quiero que por causa tuya me castiguen en el colegio, y que me riña mamá.

R.—Pues, entonces, cuando quieras jugar, no vengas á buscarme. Los santos no pueden vivir en compañía de los diablos.

J.—¡Tú crees que con llamarte diablo te haces un gran favor! Eres así.

R.—Y tú, así. (*Hace un gesto de mansedumbre ridículo*).

J.—Sea como quiera. Al fin, más vale á veces pecar por corto, que por demasiado vivo. Yo sé adónde van á parar ésos que se dan de muy vivos.

R.—¿Y adónde?

J.—A las Comisarías, ó aún más allá.

R.—Sí; á la casa de Pilatos.

J.—O á la de Herodes.

R.—Igual da. Líbrete Dios de caer tú por esa casa.

J.—¿Yo?...

R.—Sí; tú puedes caer como cualquier otro.

J.—No lo creo. El que no hace daño y cumple bien con todo el mundo...

R.—¿Nacerías para santo?... (*En burla*).

J.—No lo sé.

R.—Has de saber que de los vivos es el reino de los hombres.

J.—Sí, sí; que no se te pierda la vista. Ten cuidado.

R.—Con respecto á vista, soy un lince. Veo á veinte leguas.

J.—Pueda ser que veas demasiado.

R.—Pues cuanto más, mejor.

J.—Bien, bien. Pues, entonces, cada uno con su tema.

R.—Y Dios con todos nosotros.

J.—Ni más, ni menos..

R.—Pero, en fin, ¿aceptas ó no aceptas?

J.—Te he dicho que no acepto.

R.—Eres un cobarde.

J.—Mejor.

R.—No sirves para nada.

J.—Mejor.

R.—No pareces hermano mío.

J.—Ni tú, mío.

R.—Bueno, pues, iré yo ; pero líbrate, después, de venir á mi lado á jugar, ¿eh?/

J.—Pues vete tú ; que yo no iré á tu lado.

R.—¡ Ah ! (*Levantándose*). Espero que no le vayas á mamá con el cuento.

J.—Si no me echan á mí las culpas, no le diré nada.

R.—¿ Y si te las echan ?

J.—Pues le diré quién ha sido.

R.—Ya apareció el chiflón.

J.—Ya se va el vivo, el tío vivo.

R.—¡ Si no fueras mi hermano ! (*Hace un gesto de amenaza*).

J.—¿ Piensas que te temo ? (*Se levanta*).

R.—Pues yo á ti tampoco.

J.—Bien ; pues, entonces, á callar.

R.—¿ A callar ? Si es que quiero.

J.—Pues, si no quieres, habla lo que gustes.

R.—Así me parece. Tú eres nadie para hacerme callar.

J.—¿ Y quién pretende hacerte callar ? Tú tienes gana, hoy, de armar tramoya, y no quiero hacerte caso. Habla, ó grita, que á mí no me importa.

R.—A mí, quien me puede mandar callar, es, únicamente, mamá. Nadie más.

J.—Pues en nombre de ella, debías callar, y obrar...

R.—(*Mirándolo con fijeza*). Pero, ¿qué pretendes? ¿Convertirte en padre mío?

J.—No quiero convertirme en eso, ni en menos que eso.

R.—¡Pareces tonto!

J.—¡Y tú un loco!

R.—Es mejor que te calles.

J.—Y tú que te marches.

R.—¡No quiero! (*Interviene Magdalena, la hermana, con mucha autoridad*).

M.—¿Qué es eso? ¿Por qué os peleáis?

R.—Es este señor, que está empeñado en hacerme callar.

J.—Mentira. Yo no quiero hacerte callar, ni mucho menos. ¡Y no me hagas hablar, Roberto! (*Enojado*).

M.—Pero, ¿qué pasa entonces? ¿Qué os ocurre?

R.—Nada. Este, que parece un necio.

J.—Yo no soy necio; mejor es que calles.

M.—¡A ver si arreglo yo esto! Cuéntame, Josué, qué es lo que hay entre vosotros.

J.—Nada. (*Con tristeza*).

R.—Cuéntale, cuéntale.

J.—Si quiero, sí, se lo cuento, para que otra vez no hagas majaderías.

M.—Pues cuéntame, Josué.

J.—No quiero.

R.—A ver, hombre, atrévete.

J.—Pues, sí, me atrevo. (*Nervioso*).

M.—Vamos, cuéntame de una vez.

J.—Mira, Magdalena. Tú sabes como yo, y como él, lo que nuestra mamá trabaja y sufre para traernos así vestidos, para educarnos, y que no nos falte nada. Sabes que ella trabaja casi día y noche para atender á nuestro sustento y á nuestro bienestar, pues, desde que ha muerto nuestro papá, nuestra pobre y querida mamá se rebaja á trabajos, que muchas veces me da pena verla. Sin más medios de vida que su empleo, se afana por tenernos contentos y bien arreglados, mientras que ella casi no se hace un vestido, hace mucho tiempo. Pues bien, Roberto, ¿sabes lo que está haciendo?

M.—¿Y qué hace este granuja?

J.—Pues se va al almacén, y á la tienda, porque sabe que á mamá le dan allí algún crédito, y, en nombre de mamá, le pide caramelos, juguetes, barriletes, y una infinidad de cosas, que luego rompe en seguida. Eso es lo que hace. Después tiene que pagar mamá todos esos caprichos, y quién sabe cómo se verá para quedar bien.

M.—¿Y cuándo hizo eso?

J.—Lo hace siempre. Lleva gastados más de cinco pesos, y mamá sin saber nada.

M.—¡Tú no tienes corazón, Roberto!

R.—(*Medio indeciso*). No le hagas caso, Magdalena.

M.—Sí; le hago caso á Josué, porque es mejor que tú. Lo que estás haciendo, no tiene disculpa ni perdón.

R.—¿Por qué no tiene perdón?

M.—Porque es una gran majadería.

J.—Parece mentira que no tengas consideración de mamá. Tan buena, tan cariñosa que es.

M.—Que tanto se sacrifica por traernos bien arreglados, y por darnos buen alimento. Que trabaja todo el día y parte de la noche, y nos quiere con delirio. Y tú, haciéndole eso; gastándole secretamente en esas tonterías que de nada te sirven. Parece increíble, Roberto, que tengas tan mal corazón, y que no tengas mejor juicio. Nosotros tenemos que ayudarla lo más que podamos, y quererla mucho, tanto más, mejor; porque es buena, es santa, es nuestra querida madre del alma.

J.—Yo ya quisiera ser grande, ser un hombre, para poder protegerla, y ganar para ella todo el oro de la tierra. La quiero tanto, que no puedo pensar más que en serle útil.

R.—Yo no precavía eso. ¡He hecho mal! (*Entristecido*).

M.—Sí, Roberto; has hecho mal, y es necesario que no vuelvas á cometer otra vez esos

delitos. Mamá es muy buena, nos quiere mucho, y no nos merece eso.

R.—Voy á ver si gano los cinco pesos para que no me lo sepa.

J.—No es necesario. Basta sólo que no vuelvas á repetirlo.

M.—Justamente. Debemos darle á mamá todos los gustos, no disgustarla por nada, y trabajar cuanto antes para ella. Sólo nos pide que seamos buenos.

R.—Pues desde hoy, yo seré el mejor.

J.—¡ Ojalá seas !

M.—Bueno. Ahora yo os pido que os abracéis en nombre de mamá, que os abracéis fuertemente.

R.—Bueno. Abracémonos, Josué.

J.—Abracémonos. (*Se abrazan cariñosamente*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



EL DEBER

COMEDIA SERIA-INFANTIL, PARA NIÑAS
DE 10 A 13 AÑOS

PERSONAJES

LOLITA (la mayor).

LUCILA.

REBECA.

AIDA

MARÍA.

ISABEL (la menor).

EL DEBER

ESCENA ÚNICA

Una habitación bien arreglada, con una mesa en medio. En derredor de la mesa, Lolita, Aida, Isabel y María, hacen ejercicios de colegio en sus respectivos cuadernos. Aparecen serias y afanosas. De pronto se escucha sonar un piano.

M.—Bien podrían guardar la música para otra ocasión. Siempre, cuando nos ponemos á estudiar, se oye el dichoso piano.

LOL.—Pues á mí me gusta tanto la música, que, estudiando y todo, me encanta. (*Aida é Isabel continúan la tarea sin levantar la cabeza*).

M.—También á mí me seduce ; pero, si hago oído á la música, veo que se me castiga en el colegio, como el otro día. La música es buena para los ratos de ocio.

LOL.—(*Dejando la pluma*). Y es buena para el estudio. Cuando yo estudio y siento un piano, ó una chirimía cualquiera, aprendo con más ardor y afán que no oyéndola.

Cada una de nosotras, María, nace con los sentidos inclinados á una cosa ó á otra, y así como tú te dedicas al estudio con mucho cariño, yo, por ejemplo, me entusiasmo por la música.

M.—Pues para mi modo de entender, la música es un simple pasatiempo, y de nada vale, al fin, para nuestra vida. En cambio, el estudio, es lo primero en nuestra existencia, si queremos, mediante él, dignificarnos. ¿No es cierto?

LOL.—Yo no le llamo pasatiempo al arte de la música. Es el arte más hermoso; es el que mejor compensa, con su alegría, las amarguras de la vida. ¡Al fin es un arte muy noble!

M.—Pero, dime, ¿y de qué sirve?

LOL.—¿De qué sirve?...

M.—Es claro. ¿Para qué sirve la música, con todas sus melodías y sus notas alegres? A veces, sirve para volvernos locas á nosotras, cuando, siendo ya jóvenes de diez y ocho años, vayamos á los bailes, y nos entreguemos á esas danzas, que son repugnantes y poco edificantes, al son de la música. La música, muchas veces, es nuestra perdición eterna. Emborracha el alma de ilusión, y se cometen torpezas y tonterías, que después nos pesan. (*Se pone en pie*). Yo lo que miro es que las personas que son verdaderamente estudio-

sas y sabias, la música, para ellas, es algo de poca importancia, secundario, y eso es prueba, bien evidente, de que no tiene la importancia que le das tú, Lolita.

LOL.—Sin embargo, amiga mía, le llaman el arte divino, el arte de los ángeles, y eso implica y significa mucho en su favor. Casi llego á creer que la vida, sin música, es tristísima, y verdadero valle de lágrimas. Donde suena un violín, ó un piano, ó un violoncello, ó una flauta, allí reina la alegría de la vida, y la alegría, María, es la salud del alma. No en vano se levantan esos grandes teatros para escucharla, y se llama á los mejores artistas del mundo para que nos canten, al son de la música, las mejores sonatas de los grandes compositores. Además, el campo del arte no está reñido con el de la ciencia; los dos campos están deslindados, pero forman una sola llanura.

M.—¿Entonces son una misma cosa?

LOL.—No; no son lo mismo; pero el arte y la ciencia son hijas del espíritu.

M.—Pero acabáramos de una vez: ¿Cuál es mejor, saber mucho, ó tocar bien el piano?

LOL.—Si tocas bien, muy bien, el piano, tú sabes mucho.

M.—Pero de música, nada más.

LOL.—Por supuesto.

M.—Yo no quiero decirte eso. Si, por ejemplo (*Pónese con las manos sobre la mesa*), yo sé mucha historia, y tú sabes mucha música, ¿quién será más digna y considerada, tú ó yo?

LOL.—(*Poniéndose en pie*). Pues somos dignas y consideradas las dos. Las dos sabemos, aunque la historia vale más que la música.

M.—Vamos, al fin me comprendiste. Entonces es lo que yo digo: la ciencia, el saber, á un lado, y el arte, á otro.

LOL.—Seguramente.

M.—Sabiendo mucha música, y siendo una gran pianista, también se es célebre, y se gana mucho dinero.

LOL.—¿Cómo, no?

A.—(*Levantando la cabeza*). Ya os podíais callar con vuestra música. No nos dejáis concluir la composición.

I.—Parecéis dos loros, dos cotorras, y bien se conoce que vosotras ya habéis terminado vuestra tarea.

M.—¿Os falta mucho?

A.—A mí, todavía, me falta una carilla.

LOL.—¿Y á ti, Isabel? (*Colocándose á su lado*).

I.—Casi otro tanto. No sé lo que voy á discutir para llenarla.

M.—Bueno, os vamos á dejar un momento solas para no interrumpiros. Yo y Lolita ya hemos concluído.

- A.—Sí, sí; idos á discutir allá. (*Señala un rincón*).
- LOL.—Cuando hayáis concluído, todas leeremos las composiciones, á ver cuál está mejor.
- I.—Eso es. Pero no levantéis el grito.
- M.—No tengáis cuidado. (*Se retiran Lolita y Maria á un ángulo de la sala, y conversan en voz baja*).
- LOL.—¡ Si vieras, María, qué deseos tan grandes tengo yo de ser artista! ¡ Me gusta tanto el arte!...
- M.—¿ Pero qué arte?
- LOL.—Cualquiera de las cinco grandes artes.
- M.—¿ Son cinco las artes?
- LOL.—Las artes son muchas. Pero, las principales, las más hermosas, son la Poesía, Pintura, Música, Escultura y Arquitectura. Después, vienen las menos importantes, tales como la fotografía, las artes gráficas, el dibujo, etc. etc. ¡ Fíjate que yo fuese una escultora, como Lola Mora, ó una poetisa, ó una célebre compositora de música! ¡ Ah!
- M.—Pues mira; yo no diré que sea malo el arte, pero prefiero para mí el saber mucho de matemáticas, por ejemplo, ó de Historia, ó de Pedagogía, Filosofía, ú otras ciencias. ¡ Es tan bello el saber!
- LOL.—Es que cada una de nosotras, María, viene al mundo con una inclinación, y ahí está.

ESCENA II

Entran Lucila y Rebeca con sus útiles de colegio y saludan cortésmente, en general, á todas.

R.—Venimos á buscaros para el colegio.

LUC.—Falta media hora nada más. ¿Queréis venir?

M.—Estamos esperando que concluyan estas dos perezosas.

A.—¿Perezosas? Yo ya concluí.

I.—Y yo también. (*Se levantan*).

LOL.—A propósito. Ahora podemos leer nuestras respectivas composiciones, para ver cuál es la mejor y la más hermosa.

R.—Bueno.

L.—Sí, sí; leámoslas.

M.—¿Quién lee primero?

LOL.—Primero, que lea Aida. (*Menos Aida, todas se colocan frente á ella, y escuchan atentamente*).

A.—(*Tomando el cuaderno y leyendo*). Bien; leeré yo entonces. (*Leyendo*). — «Nuestras pampas». — Son inmensas llanuras que se extienden por todo el territorio argentino, y producen innumerables frutos, que, luego, son exportados á los mercados extranjeros. Estas llanuras son tan fértiles, que el día en que puedan ser traba-

jadas, íntegramente, y fecundadas por el sudor de los hombres que lleguen á ellas, atraídos por su fama de abundancia, podrán abastecer de trigo, maíz, lino y legumbres en general, á casi toda Europa. Millones y millones de cabezas de ganado, corren por su inmensidad inconmensurable, y todo hace prever el asombroso porvenir de nuestra querida patria, en la fecundidad que guardan en sus entrañas estas pampas infinitas.

TODAS.—Está muy bien, Aida, muy bien.

LUC.—Ahora yo. Advierto que soy muy corta en mi composición.

M.—No importa.

LUC.—(*Leyendo*).—«El hogar».—El hogar es el lugar en donde uno vive con sus queridos padres, ó con su familia. Se le debe siempre conservar un gran cariño, porque en él residimos, habitamos, y nos educamos, y es muchas veces el sitio hermoso, en donde hemos visto por primera vez el sol.

Sólo los judíos errantes, y los hombres más desgraciados, no tienen cariño al hogar; porque nunca lo han tenido, y ruedan por el mundo adelante, sin amor á nada, ni á nadie, durmiendo bajo el resplandor de las estrellas. El hogar es un templo de amor y de hermosura, al que

debemos volver siempre nuestros ojos con ansias de júbilo. (*Todas la felicitan*).

LOL.—Ahora, Rebeca, ¿no os parece?

M.—Sí; que lea Rebeca.

R.—(*Leyendo*).—«Las amigas».—Así como es una gran alegría y fortuna encontrar y llevarse con armonía con las amigas buenas, del mismo modo, es una desgracia armonizarse con las amigas malas. Por eso, hemos de acudir al buen sentido, y á la observación, para no caer en estos trances tristes. Una mala amiga, chismosa, envidiosa, orgullosa, ó inmoral, es tan perjudicial para nuestra vida, como una enfermedad que, por haberla descuidado, no tiene después remedio, y nos conduce á la tumba. Su compañía nos infiltra y propaga el mismo mal y defectos que ella sufre, y, muchas veces, llegamos á ser desgraciadas, ó infelices, por no haberlas conocido á tiempo. En cambio, una amiga buena, modesta, cariñosa y moral, es un tesoro que vive siempre á nuestro lado.

LOL.—Es una gran verdad. Muy bien, Rebeca.

M.—Ahora yo. (*Leyendo*).—«El amor á los padres».—Es éste el más santo de los amores humanos; porque lleva en sí toda la aprobación del Cielo y de los hombres. Los que han forjado nuestra existencia, y velan continuamente por nuestra educación, y por nuestra vida, tienen que ser

profundamente queridos y admirados por sus hijos, y ¡ay de aquel hijo que llegue á olvidar tan sagrado deber! Dios le castigará como á un reo.

LOL.—Así es, así es. Ahora yo. (*Leyendo*).—«Nuestros próceres».—Fueron los que, después de inmensos sacrificios, levantaron á la faz de la tierra esta nación rica, próspera y grande. Aun aquellos corazones, que no son capaces de sentir un átomo de amor por nada, al invocar su nombre, se enardecen, y poseen con el recuerdo de sus virtudes personales, y de sus actos. San Martín, Belgrano, Las Heras, Mitre, Sarmiento, Rivadavia, Alsina, Vélez Sarfield, del Valle y tantos otros, quedarán en nuestra historia patria, como los verdaderos cimentadores de nuestra nacionalidad, y en la memoria de nuestras generaciones, como los padres primitivos de nuestro pueblo.

TODAS.—Divinamente, Lolita. (*Aplauden*).

I.—Por fin me toca á mí. (*Leyendo*).—«¿Qué es la patria?».—La patria es aquel pedazo de territorio, en donde uno ha nacido y se desarrolla, y á cuyas leyes estamos sujetos, puesto que ella también nos defiende contra nuestros enemigos. El amor de patria es un amor sublime y hermoso, que debemos conservar siempre en nuestro corazón, aun á través de las más grandes

desventuras. La patria es nuestro segundo hogar, porque ella nos defiende, nos vela y nos cubre con su cielo, y por eso mismo es nuestro más santo deber defenderla, y amarla hasta morir.

LOL.—Vaya ; todas merecemos un premio, por nuestras lindas composiciones. Todas están muy bien, y seguramente agradarán á nuestras maestras. ¿Vamos al colegio?

TODAS.—Vamos, vamos, que ya es hora. (*Se van muy juiciosamente una tras otra*).

FIN

Buenos Aires, abril 1909.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

	Págs.
Dos Palabras.	5
I.—La Patria Argentina.	9
II.—Los Próceres.	21
III.—La Bandera.	33
IV.—¡Centenario!	45
V.—Mitre.	53
VI.—Guido Spano.	63
VII.—Corazón.	71
VIII.—Las Flores blancas.	81
IX.—Las Muñecas.	97
X.—Almas hermanas.	111
XI.—Amor de Madre.	121
XII.—El Deber.	131

